

EL IDIOTA,

O EL SUBTERRANEO DE HEILBERG.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS.

Escrito en francés por Mr. Fontan.

(Traduccion libre de D. G. F. Coll.)

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 18 DE DICIEMBRE DE 1842.

ACTORES.

EL IDIOTA.	Doña J. VALERO.
FEDERICO.	Don F. LUMBRERAS.
ATANASIO.	Don P. LOPEZ.
EL DUQUE.	Don A. PIZARROSO.
TONY.	Don P. EUSEBI.
ULRIC.	Don J. TORROBA.
OSCAR.	Don P. SANCHEZ.
RANTZAU.	Don J. FERNANDEZ
UN CONSEJERO AULICO.	Don J. CARCELLER.
WILHELMINA.	Doña B. LAMADRID
AMELIA.	Doña J. ESTRELLA
MARGARITA.	Doña V. CASTILLO.
ARNOLD.	Don C. SPUNTONI.
UN CRIADO.	Don H. CALTAÑAZOR
GOTHBURG.	Don L. RADA.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Salon gótico; puerta á la derecha; otra mayor en el foro. Una lámpara encendida.

ESCENA I.

MARGARITA *está cosiendo al lado de una mesa.*

Bien! ya tengo bastante adelantada mi labor; y esta noche la concluiré, si me quedo á velar al pobre Job.

ESCENA II.

MARGARITA, ULRIC.

ULRIC, *entreabriendo la puerta del foro.*
Estais sola, Señora Margarita?

MARGARITA.
Sí, hijo mio.

ULRIC.

Entonces, puedo entrar?

MARGARITA.

Qué quieres?

ULRIC.

Saber como sigue Job Hauser. Está mejor?

MARGARITA.

No sé qué decirte! Cuando salí de su cuarto, le dejé durmiendo, pero su sueño era penoso y ajitado.

ULRIC.

Pobre viejo! Mucho sentiré que nos deje... Si yo pudiera ponerle bueno á costa de algun sacrificio, no dejaria de hacerlo, porque á él le debo el ser jardinero del castillo. (*arrima una silla*) Sabeis lo que digo, Señora Margarita?... que ya que estamos solos no me disgustaria tener un rato de charla con vos.

Se sienta.

MARGARITA.

Eso es, siéntate con comodidad... (*señalando la puerta lateral*) Tony está en el cuarto de su padre; puede salir de un momento á otro, y si te encuentra aqui...

ULRIC.

Y eso qué importa?.. le oiremos venir. Verdad es que el Señor Tony me ha prohibido penetrar en esta parte del castillo... ignoro la causa... En fin, él tendrá sus razones. (*acercándose á Margarita*) Sabeis qué razones tiene?

MARGARITA, *con impaciencia*.

No.

ULRIC.

Lo siento. (*mirando la labor*) Ola, estais haciendo una camisa?

MARGARITA.

Si.

ULAIC.

Oh! está muy bien cosida: no se ven las puntadas de puro pequeñas. Teneis unas manos primorosas!.. (*acercándose á Margarita*) El viejo Job... hace ya mucho tiempo que está en el castillo, no es verdad?

MARGARITA.

Diez y seis años.

ULRIC.

Diez y seis años!

MARGARITA.

Y antes estuvo en Munich al servicio del Señor Duque de Heilberg.

ULRIC.

Ya, ya sé; el señor Duque de Heilberg, nuestro amo, que posee inmensos bienes en Nuremberg, muy cerca de aqui. Le conoceis, Señora Margarita?

MARGARITA.

Nunca se me ha logrado el gusto de verle.

ULRIC.

Pues es estraño siendo tan antigua en la casa.

MARGARITA.

Segun me ha contado Job, el Señor Duque no ha visitado sus estados desde que entró á poseerlos, es decir, hace diez y seis años.

ULRIC.

Asi estan ellos, y en particular este castillo! Lástima dá verlo; las paredes se desmoronan, las puertas no cierran... y el dia menos pensado se va á venir abajo el techo... Bien mirado la falta de criados que aqui se nota...

MARGARITA.

Job lo exige asi... El y su hijo Tony están para cuidar de esta parte del castillo; yo cuido de la ropa blanca y tú del jardin. Aqui no hay mas alma viviente que nosotros.

ULRIC.

Pues al menos, lo que es el viejo Job podia ir pensando en quién le ha de reemplazar; ya no sirve para nada y está en vísperas de cerrar el ojo.

MARGARITA.

Ulric!

ULRIC.

Teneis razon: no hay que hablar de eso, porque podria morirse antes. (*levantándose y mirando á su alrededor*) Válgame Dios! qué triste es esta sala! Oh! y esos cuadros?.. Digo!.. No teneis miedo aqui?.. Yo me moriría... Y luego vuestro Señor Tony, no es hombre que me gusta... Sentiria mucho tener que habitar bajo el mismo techo que él.

MARGARITA.

Qué tontería!

ULRIC.

Vamos, no disimuleis: ya sé que tampoco es santo de vuestra devocion!.. El viejo Job se enfadaba algunas veces, pero en cambio tenia muy buenos momentos... No asi el Señor Tony, que es un socarron,

un hipócrita, un... en fin, si tiene el pelo rojo y no puede ser bueno aunque Dios...

MARGARITA, *tapándole la boca con la mano, y señalando la puerta lateral.*

Silencio! no oyes pasos ahi dentro?

ULRIC.

Será el Señor Tony... Adios, Señora Margarita! voy á regar la hortaliza.

Vase precipitadamente. Un momento despues sale Tony del cuarto de su padre.

ESCENA III.

MARGARITA, TONY.

TONY.

Margarita, id á hacer compañia á mi padre.

ESCENA IV.

TONY.

Poco tiempo de vida le queda ya!.. para él será un bien el morirse, pues hace ya seis meses que está padeciendo y que no se levanta de la cama... Algun dinero debe haber juntado en los diez y seis años que hace que le dan tres mil ducados anuales para custodiar... Pero dónde ha guardado ese dinero que no puedo encontrar en ninguna parte?.. Oh! yo lo encontraré... y me pertenece, como que soy su único heredero... Por otra parte, su enfermedad me ha hecho depo itario de un secreto terrible, y estoy en el caso de imponer las condiciones que me acomoden!.. (*despues de haber reflexionado*) Sin embargo, ese secreto puede ser descubierto de un momento á otro... ya corren sordos rumores por las inmediaciones, y hasta se asegura que el barquero Frecman, que de algun tiempo á esta parte ha venido á establecerse en la orilla del lago... Yo descubriré lo que haya de cierto en el particular!.. Me perderia si llegáran á descubrir... (*óyense voces confusas en el patio*) Qué ruido es ese?.. (*vá á la ventana y mira*) Hombres á caballo!..

ESCENA V.

TONY, FEDERICO, RANTZAU, OSCAR *y otros* CABALLEROS.

FEDERICO. *á sus amigos.*

Por aqui, Señores, por aqui.

Entran.

TONY, *á Federico.*

Qué se os ofrece, Caballero?

FEDERICO.

Qué te importa?

TONY.

Me parece que tengo derecho á preguntarlo! Este castillo no es ninguna posada; pertenece al noble y poderoso Señor Duque de Heilberg, y yo estoy encargado...

FEDERICO.

Demasiado sé que este castillo pertenece al noble y poderoso Señor Duque de Heilberg! y por lo mismo creo que su hijo puede venir á él sin tu permiso.

TONY.

Su hijo!

FEDERICO.

Federico de Heilberg, Conde de Leignitz, Capitan de Guardias de S. M., y la cabeza mas destornillada del reino!.. Quieres mas señas?

TONY.

Pero quién me asegura?..

FEDERICO.

Réplicas á un lado, si no quieres que te eche por la ventana!.. Tenemos hambre y sed... Dispon que nos sirvan sobre la marcha las provisiones que hemos traido... necesitamos una mesa bien aparada... y el mejor vino que haya en la bodega!.. tantos cubiertos como convidados!.. despacha.

Tony saluda y se vá.

ESCENA VI.

DICHOS *menos* TONY.

OSCAR.

Vamos á ver; ha llegado la hora de que nos digas por qué nos has traido á este nido de buhos? pues tu castilo es negro y lúgubre como una novela de Ana Radcliffe! Estábamos en Nuremberg, donde se halla de guarnicion tu compañía, viviendo alegremente en medio de los bailes y de las fiestas!.. Anoche al dar las once en el relox de la torre de la ciudad, nos reunes y dices: «Camaradas, os propongo una espedicion.» Nosotros aceptamos, ensillamos

los caballos y nos ponemos en marcha... Hemos andado cinco leguas mortales... y durante el camino no ha sido posible conseguir que nos dijeras cuál era el objeto, ni el término de nuestra sentimental peregrinacion!.. Ya ves que hemos respetado tu secreto; pero semejante consideracion, bien merece una recompensa, y por lo tanto espero nos dirás á qué hemos venido aqui.

RANTZAU.

Yo declaro por mi parte que si Federico sigue guardando silencio, monto á caballo y me vuelvo á Nuremberg.

OSCAR.

Yo hago otro tanto.

TODOS.

Y yo.

FEDERICO.

Hablaré, Señores, hablaré, cuando nos hayan servido la comida que he pedido.

OSCAR.

En ese caso esperaremos.

FEDERICO.

Y no será por mucho tiempo: mirad.

Tony y Ulric traen una mesa.

ESCENA VII.

DICHOS, TONY, *y* ULRIC.

TONY.

Espero, Señor Conde, que perdonareis si lo que tenemos el honor de ofreceros no es digno de un huésped tan ilustre como vos... pero...

FEDERICO, *tirándole una moneda de oro.*

Toma y calla... Despejad.

TONY.

Está bien. (*aparte al tiempo de salir*) Voy á la cabaña de Frecman el barquero... las voces que segun dicen ha esparcido, me tienen inquieto y sobresaltado!

FEDERICO.

Qué esperas?

TONY.

Nada, Señor; me voy!

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* TONY *y* ULRIC.

FEDERICO.

Habeis visto que cara de criminal tiene ese hombre? Yo no sé donde habrá ido á buscar mi padre ese bandido.

OSCAR.

Eso prueba el gusto del noble Duque en saber acomodar los muebles á la casa.

FEDERICO.

Muy mal estás con este pobre castillo, amigo Oscar!.. pero yo tengo mis razones para no participar de tu antipatía! Verdad es que no se le debe considerar como una obra perfecta del arte, ni mucho menos de hermosura; tambien es verdad que amenaza ruina por todas partes; pero en cambio está rodeado de magníficas tierras que producen por mínimum diez mil talares de renta.

OSCAR.

Y tú eres el único heredero de todas esas riquezas?

FEDERICO.

El único, gracias al hermano mayor de mi padre que creyó conveniente morir sin hijos, porque aunque tuvo uno, le perdió á la edad de cuatro años, y esta desgracia le costó á él la vida. Por consiguiente, habiendo acabado la primera rama de la familia, pasan á la segunda dignidades, fortuna, corona y ducado; de modo que yo que era un triste segundon, voy á ser el gefe de una de las primeras familias de Alemania. De otro modo no hubiera sido toda mi vida mas que un hidalgüelo insignificante, y este castillo que tanto desprecias, este castillo, cuna de mis mayores, dá nombre á mi título de Duque!.. Ahora ya no estrañarás que haya tenido deseos de visitarle... Debia hacerlo, aun cuando solo fuera por agradecimiento!..

OSCAR.

Ah! y es esa la causa de nuestro paseo?

FEDERICO.

Una de ellas.

RANTZAU.

Y la otra?

FEDERICO.

Oh! la otra es muy original... y tal vez os reiriais de mí, si os la manifestára antes de apurar esas botellas!.. (*señala las botellas*) Sentémonos y bebamos.

Se sientan.

OSCAR, *escauciando y tomando un vaso.*
A nuestra salud.

Beben.

RANTZAU.
Esquisito vino!

FEDERICO, *á Oscar.*
Alárgame ese pastel.

Lo parte.

OSCAR.
Calla! y tu ayo dónde se ha metido?.. Me parece que estaba con nosotros cuando hemos atravesado el puente levadizo.

FEDERICO.
Se habrá quedado contemplando algun sitio pintoresco.

OSCAR.
El caso es que si tarda, me parece que segun el paso que lleva la cena, no le han de quedar ni aun rastros de ella.

FEDERICO
Los sábios no comen!

OSCAR.
Y el doctor Atanasio es un sábio en toda la estension de la palabra.

FEDERICO.
El doctor Atanasio, amigo mio, es un sacerdote sencillo, puro y virtuoso, á quien respeto y amo.

OSCAR.
Bravo! pero las botellas ya estan dando las boqueadas, y tu olvidas que te has comprometido á manifestarnos la causa que te ha obligado á traernos aquí.

FEDERICO.
Si, os empeñais?.. En ese caso preparad toda clase de sarcasmos y de epígramas, porque habeis de saber que he venido á buscar... (*atencion general*) espectros.

TODOS.
Espectros!

FEDERICO.
Sí, Señores, espectros!.. Ah! os parece original la idea... lo creo. Me tratareis de loco ó de visionario, direis que soy un niño, que cree en cuentos de vieja... no importa... Por desgracia no estoy dotado de una alma fria y positiva: he recibido del cielo un don funesto; una imaginacion exaltada y llena de ilusiones; una imaginacion que se deja dominar por sus sueños, sueños que veo convertidos muy pronto en realidad. Me acuerdo de que en mi infancia me estremecia al oir las maravillosas consejas que me referian las dueñas del castillo, meciéndome sobre sus rodillas; y desde entonces no he cambiado: el viento que silva doblegando la copa de la robusta encina me inspira todavia un vago terror! la ola que brama sordamente y se estrella al pie de la roca, el relámpago que brilla, y el trueno que retumba en los valles, tienen todavia una significacion para mí! El canto de la lechuza me estremece, no pisaria sin temblar la lápida de una tumba, y hasta la misma noche me infunde pavor.

Risa general.

OSCAR.
Ah! ah! ah! . Pero volvamos á tus espectros!.. están en este castillo?

FEDERICO.
Sí.

OSCAR.
Palabra de honor?

FEDERICO.
Hombre! tanto como eso... Lo cierto es que aqui pasa alguna cosa estraordinaria!.. Lo que yo os he dicho está á la órden del dia en Nuremberg! Todo el mundo habla de ello.

RANTZAU.
Es positivo.

FEDERICO.
Y todos estan contestes en que esos estraños misterios tienen lugar en el castillo de Heilberg.

OSCAR, *jovialmente.*
Pues señor, vamos á dar caza á esos espectros y enviémoslos al infierno de donde probablemente habrán salido.

ESCENA IX.

DICHOS, ATANASIO.

ATANASIO, *entra precipitadamente y desencajado: atraviesa el salon y vá á sentarse en un sillon.*
Oh! oh!..

OSCAR.
Qué?.. ah!.. es el doctor Atanasio.

RANTZAU.
Llegais algo tarde!.. Los platos han sufrido un avance regular durante vuestra ausencia... Pero todavia queda algo; sentaos y comed!

ATANASIO.
No tengo gana.

OSCAR, *levantándose y acercándose á él.*
Que no teneis gana? (*mirándole*). Calla qué cara es esa tan lastimosa!

RANTZAU, *mirándole.*

Estais pálido!

ATANASIO.

Yo lo creo: el caso no es para menos.

FEDERICO, *que se ha acercado á él como los demas.*

Qué os ha sucedido?

ATANASIO.

Yo no lo sé... estoy confuso y temblando... y casi me avergüenzo de mí mismo... Escuchad! Recordareis que al atravesar el puente levadizo me separé de vosotros para ir á admirar ese lago inmenso que circunda este castillo con sus innumerables y verdes islas... oh! presenta un punto de vista magnífico!

FEDERICO.

Continuad!

ATANASIO.

Estaba amarrado á la orilla un lindo barquichuelo, que parecia colocado allí espresamente para mí. Desperté al barquero que estaba durmiendo al lado de sus remos. Me preguntó si queria dar un paseo... Le contesté afirmativamente, y poco despues la barquilla se deslizaba con suavidad por la superficie de las aguas. Yo dirigia la vista á todas partes, estasiado en mis observaciones, cuando nos detuvimos enfrente de la parte de este castillo que dá al norte.

FEDERICO.

Es en la que estamos.

ATANASIO.

A través de una infinidad de abedules y plantas marítimas, ví una muralla ruinosa cuyo pié baña el lago: estaba contemplando con la mayor atencion tan imponente espectáculo, cuando de pronto sale un grito de entre el ramaje, pero un grito ronco, sordo é inarticulado, como el rugido de una fiera... y ese grito!.. se repitió por tres veces!..

OSCAR.

Oh! oh! esto se vá haciendo interesante.

ATANASIO.

Dirijo entonces mis miradas hácia el sitio de donde parecia haber salido el grito... nada distinguí en el momento, pero á poco rato y á través del follaje de los árboles, descubrí una estrecha abertura guarnecida de barras de hierro, y ví.... ó creí ver un rostro pálido y descarnado pegado contra aquella abertura, y dos ojos vivos y brillantes que lucian en medio de aquella oscuridad. Lo confieso francamente, un estremecimiento mortal se apoderó de mí y corrió por todos mis miembros. «Señor, me dijo el barquero, alejémonos: lo que acabais de ver, lo he visto yo muchas veces! y si me creyérais nos iriamos á tierra cuanto antes...» Sobrecogido de espanto no pude contestarle; y antes de que hubiera vuelto de mi estupor, estaba ya en el castillo... y solo al entrar aqui he recobrado mis sentidos.

OSCAR.

Oh! Señor doctor en teología... se conoce que teneis la cabeza trastornada.

RANTZAU.

No estraño que el discípulo sea supersticioso: ha aprovechado las lecciones de su maestro!

FEDERICO.

Haya indulgencia, Señores: el relato de mi digno ayo os hace reir... y á mí me dá en que pensar... quiero ver por mi mismo... Atanasio, mas tarde me dareis esplicaciones importantes sobre lo que os pregunte, y juro á fé de mi nombre que he de llevar á cabo el proyecto que he concebido, aun cuando tenga que sufrir otra lluvia de sarcasmos de estos Señores. Vamos.

Vánse todos menos Atanasio.

ESCENA X.

ATANASIO, *solo.*

No los acompañaré yo por cierto!.. me doy por bien satisfecho!.. Aquel rostro!.. aquel grito!.. Vamos, vamos, desechemos tan lúgubres ideas... seguramente pasaremos aqui la noche: voy á rezar mis oraciones. (*saca un breviario. Oyese ruido en el cuarto lateral*) Qué ruido es ese?

MARGARITA, *aparece sumamente agitada.*

Señor Tony! Señor Tony!

ESCENA XI.

ATANASIO, MARGARITA.

ATANASIO.

Qué teneis, buena muger?

MARGARITA.

Quien quiera que seais, caballero, corred á decir al Señor Tony que el anciano Job se muere y que pide un sacerdote para que le auxilie en sus últimos momentos. Id pronto, por piedad, porque al pobre hombre á duras penas le quedan cinco minutos de vida.

ATANASIO.

Voy... voy...

MARGARITA.

Yo vuelvo á su lado.

ATANASIO, *deteniéndola.*

Aguardad! aguardad!.. yo soy sacerdote y puedo... sí... el tiempo es precioso para una alma que vá á elevarse al seno del Eterno... Venid, venid y conducidme á donde está el moribundo.

ESCENA XII.

DICHOS, ULRIC, *corriendo.*

ULRIC.

Señora Margarita, el Señor Tony está ya de vuelta en el castillo.

MARGARITA, *arrastrada por Atanasio.*

Bien! díle que su padre se muere.

Vase con Atanasio.

ESCENA XIII.

ULRIC, *solo.*

Ola! ola!.. se nos vá el viejo Job sin decir oste ni moste... Qué descortesía!.. No seré yo por cierto quien dé esta mala noticia al Señor Tony... Aqui viene: no quiero que me vea.

ESCENA XIV.

TONY, *solo.*

Entra meditabundo: Ulric se va sin que Tony le vea.

No he podido ver á Freeman; no estaba en su cabaña... pero he preguntado á su muger y ha confirmado mis sospechas... decididamente creen que hay algun misterio, y yo no sé qué hacer... Oh! lo pensaré. La noche se acerca y con ella la hora en que debo bajar al subterráneo donde está encerrado el muchacho, para darle el ópio que le adormece en tanto que le llevo la comida. (*con cólera*) Maldito muchacho! acabará por perderme! Felizmente no hay riesgo de que acuse ni á mí ni á nadie, porque no sabe hablar ni una palabra: en los diez y seis años que está encerrado, ningun rostro humano se ha presentado á su vista, ni tampoco voz alguna ha resonado en sus oidos! Ayer cuando me acerqué, durante su sueño, á la estera que le sirve de cama, le examiné por primera vez, y ví que sus facciones eran hermosas, y espresivas... Dos cosas le ocupan particularmente: una estampa vieja que mi padre dejó un dia á su lado y que representa la Virgen, y una flor que cultiva y que nació entre las piedras de su calabozo: escepto estos dos objetos nada le llama la atencion. Qué vida tan estraña! (*óyese ruido*) Alguien viene.

Vase.

ESCENA XV.

ULRIC, FEDERICO, OSCAR, RANTZAU, AMIGOS.

FEDERICO.

Supuesto que lo deseais, venga otro vaso de vino para cobrar ánimo.

OSCAR.

Bien dicho!

RANTZAU.

Al feliz éxito de nuestra misteriosa empresa.

Oyese un grito plañidero que sale del cuarto lateral.

FEDERICO.

Qué es eso!

ESCENA XVI.

DICHOS, ATANASIO.

FEDERICO.

Atanasio! de dónde venis por esa puerta.

ATANASIO.

Un moribundo necesitaba de mi auxilio, y he ido á prestárselo.

FEDERICO.

Voy yo tambien...

ATANASIO.

Ya es tarde!

FEDERICO.

En ese caso, Señores, dirijámonos al lago.

ATANASIO, *aparte á Federico.*

Acabo de recibir una confesion horrorosa, y debo deciros...

FEDERICO.

Bien, bien: hablaremos de ello en el camino... Marchemos.

Todos se ponen un dedo en los lábios como para indicar silencio: Atanasio contempla sin ser visto un pliego sellado que saca del pecho. — Salida general.

CUADRO SEGUNDO.

Un subterráneo de arquitectura gótica en el castillo de Heilberg: bóveda elevada, pilares á derecha é izquierda; en el fondo una puerta forrada de hierro; á la izquierda una ventana angosta con reja y á unos seis pies del suelo; yerbas y plantas marítimas, y en la pared una frondosa yedra; al pie del pilar de la derecha una estera, al lado un cántaro y colgada del pilar una estampa que al principio no puede distinguirse bien.

ESCENA I.

UN MUCHACHO.

(*Al levantarse el telon aparece tendido en la estera, con los ojos clavados en la ventana, y dando muestras de impaciencia de cuando en cuando: con el auxilio de las plantas que están pegadas á la pared, trepa y se agarra á la reja, procurando penetrar la oscuridad con la vista: permanece un momento en esta posicion, despues se descuelga, y vuelve á tomar la que tenia anteriormente en la estera, sin apartar la vista de la ventana: su impaciencia aumenta visiblemente. Coje y coloca á su lado una flor, su compañera de soledad, que brota en un cacharro. Parece que se compadece de la pobre flor porque tarda en amanecer, y él está tiritando de frio: en fin, los primeros rayos del sol penetran á través de la reja. Levántase vivamente á medida que la oscuridad desaparece, salta de alegria y pronuncia algunos sonidos inarticulados.* «Ah! ah! ah!..» *luego vá á colocarse delante de los rayos bienhechores del sol; por medio de la pantomima, manifiesta el bien que recibe. En seguida coje la flor, la coloca delante de la luz del dia, y mirándola con cariño, parece que dice, que así como él, se reanima y cobra fuerza la pobre planta prisionera. En su alegria se pregunta de dónde viene esa luz y ese sol: señala la bóveda de su calabozo que le oculta el cielo. En seguida por un movimiento de piedad y reconocimiento, designa la imágen santa que está colgada del pilar, se acerca á ella y con las manos juntas, tiene, por decirlo asi, una revelacion de Dios, y ruega por él y por su flor. A poco rato y con un movimiento de sorpresa, se pone á escuchar como si oyera ruido: duda sin embargo, y para asegurarse mejor, coloca el oido contra el suelo.* «Sí, no me equivoco, alguien viene: están lejos todavia, pero vienen... Los pasos se acercan...» *Coje precipitadamente la flor y vá á ocultarse detrás del pilar. Se acerca despues á la puerta del foro y manifiesta la mayor alegria dando á entender que le traen su alimento. Abrese una especie de postigo en la puerta, una mano pasa por la abertura y presenta un pomito al muchacho, quien se apodera de él con avidez: la mano se retira, el postigo se cierra, y todo queda en silencio. El muchacho mira el pomito, y apura de un trago el ópio que contiene; échase despues en la estera, coloca la flor á su lado, como para que le sirva de compañía durante el sueño, y se duerme por grados. — Oyese ruido de tempestad y de lluvia; el cielo se ha cubierto, la claridad no penetra ya en el calabozo, en el que reina la mas profunda oscuridad.*)

ESCENA II.

EL MUCHACHO *dormido*, TONY.

TONY *en el fondo, con una linterna en la mano.*

Sin duda está durmiendo... Esta vez la dosis de ópio es bastante fuerte para que no vuelva á despertar... (*se acerca á la estera mirando á la luz de la linterna*) Y es preciso que así suceda!.. he recibido instrucciones precisas al efecto!.. Cuando os estorbe, me han dicho, deshaceos de él... Y me estorbaba. Se han suscitado sospechas que pudieran serme fatales; y si es necesario sacrificar á alguno, mas vale que sea él... (*el Idiota sueña*) Está soñando!.. Sin embargo, yo habia doblado la dosis y creia... Vamos, acabemos con él de una vez... (*saca un puñal y se acerca á la estera; pero en este momento alumbra su linterna la estampa que está en el pilar: retrocede*) Es particular!.. Esa santa imágen ha producido en mí un efecto... y luego la muerte de mi padre... y

la tempestad... ah! tengo miedo... (*trueno — tira el puñal*) una vez que debe morir... morirá: pero emplearé otro medio mejor... Todo el mundo se ha marchado del castillo... ni un solo criado queda en él... Yo tambien marcharé luego que haya dado sepultura á mi padre; y entonces, solo en este subterráneo y en medio de estas ruinas, no se conocerá mas la muerte de este muchacho que se ha conocido su existencia... Sí; mañana mismo abandonaré mi oficio de carcelero por esa hermosa quinta que me han ofrecido... Pero ahora que me acuerdo... pudiera ser muy bien que á través de esa ventana que dá al lago se oyesen sus rabiosos gritos cuando se encuentre sin alimento... Bá! para todo hay remedio... Tapiaré la ventana... y estas bóvedas, mudas como la tumba, nos guardarán para siempre este secreto.

MUCHACHO, *soñando.*

Ah! ah!

TONY.

Parece que se queja... serán los primeros síntomas del hambre... vá á despertar.

MUCHACHO, *mismo grito, pero mas pronunciado; se incorpora.*

Ah! ah!

TONY.

Despierta, salgamos de aqui.

Vase vívamente y cierra la puerta.

ESCENA III.

EL MUCHACHO.

(*Acaba de despertar; cesa la tempestad, pero no aparece todavia la claridad; se frota los ojos, luegoe stiende las manos alrededor de la estera, como para buscar su alimento; se admira de no encontrar nada, y con sus gestos manifiesta la mayor inquietud... Se arrastra... tienta... y busca por todas partes...* «Nada, nada...» *está desesperado; manifiesta que tiene hambre y sed... coje el cántaro y está vacío: vuelve á aclarar: busca otra vez, grita, vá á la puerta como para derribarla, trepa á la ventana, se baja, y abrumado por los esfuerzos que ha hecho, vuelve tristemente á colocarse en la estera y llora... Se levanta otra vez, apoyando sus manos sobre el pecho para manifestar el hambre que le atormenta, y como por inspiracion se arrodilla delante de la estampa de la Vírgen y rompe en sollozos y quejas inarticuladas, con las que parece suplicar á Dios que venga en su auxilio*).

ESCENA IV.

EL MUCHACHO, FEDERICO, *fuera.*

FEDERICO, *cantando.*

Canta y boga, Gondolero,
Que la playa cerca está,
Y con su soplo ligero
La brisa nos lleva allá.
En tierra el alma
Se solaza á su placer:
La mar en calma
Es bella al anochecer;
Pero boga, Gondolero,
Boga que vá á oscurecer!

(*Al empezar la cancion, se vuelve el muchacho sorprendido y despues se levanta y escucha. La alegria se pinta en su semblante. — Cesa el canto y el Idiota sigue escuchando y dá algunos gritos sordos, como para pedir socorro.*)

FEDERICO, *fuera.*

Quién sois?

(*Sorpresa y silencio del Idiota*)

FEDERICO, *fuera.*

Necesitais de nuestro auxilio?

(*El Idiota se asusta, se descuelga de la ventana y manifiesta la sorpresa que esperimenta. Se incorpora en seguida, presta otra vez atencion, espresa la mayor impaciencia porque no oye el canto, y parece que quiere provocarlo repitiendo algunas palabras de la cancion. Despechado al ver que sigue el silencio, se encoleriza y vuelve á romper en gritos ahogados. En este momento se oye un gran ruido en la puerta por la parte de afuera: el muchacho se aterra á medida que van sonando los golpes; él vá imitando el ruido que producen.* «Hum! Hum!» *Ya se adelanta para escuchar de mas cerca, ya retrocede asustado. Los golpes se repiten con mas violencia; la puerta cede. El Idiota vá á refugiarse en un rincon, acurrucado y temblando.*)

ESCENA V.

EL MUCHACHO, FEDERICO, RANTZAU,

ATANASIO, OSCAR, COMPAÑEROS DE FEDERICO, *un* CAZADOR *armado y con cacerina.*

FEDERICO.

Dónde estamos?.. acercad los hachones.

RANTZAU, *buscando.*

Yo nada veo.

FEDERICO.

Ni yo.

ATANASIO.

Ni yo.

(*El Idiota se ha escondido detrás del pilar de la derecha*).

FEDERICO, *á Atanasio.*

Voy creyendo que tanto vos como el barquero habeis visto visiones... y que los gritos que hemos oido serán probablemente los mahidos de algun gato montés que tiene su guarida en estas ruinas.

ATANASIO.

No digais eso, Federico: aqui hay un preso, un ser humano.

FEDERICO.

Busquémosle.

ATANASIO, *viendo al Idiota.*

Ah!

OSCAR.

Qué es eso?

TODOS.

Qué?

ATANASIO.

Mirad.

FEDERICO.

Es un muchacho... (*acercándose á él*) No tengas miedo... y contesta.

(*El muchacho quiere hablar y solo consigue dar algunos gritos articulados: todos se han acercado á él, la claridad de los hachones le ofende la vista, y se tapa los ojos con las manos*).

FEDERICO.

Apartad esas luces que le ofenden... Pero no tiembles así, hijo mio... todos los que aquí ves nos interesamos por tí.

(*El muchacho mira á Federico y le indica que tiene hambre*).

ATANASIO.

Infeliz! se conoce que tiene embotados los sentidos... no puede hablar... y quizás no oiga tampoco.

FEDERICO.

Triste suerte!.. verse privado de la inteligencia, del don mas precioso que el cielo ha concedido á los hombres.

ATANASIO.

No he perdido aun toda esperanza... confiádmele á mí, Federico: procuraré reanimar ese fuego sagrado que han querido apagar, y si lo consigo, daré gracias al Eterno por haberme inspirado el amor á las ciencias.

FEDERICO.

Os lo confio... Sereis el padre del huérfano porque le dareis mas que la vida.

(*Durante el diálogo precedente, el Idiota ha examinado detenidamente á Federico y Atanasio, y el sentimiento de compasion que los anima le ha tranquilizado un poco: se levanta y poniéndose las manos sobre el pecho, manifiesta que tiene hambre*).

ATANASIO.

Tiene hambre.

FEDERICO, *saca un pedazo de pan de la cacerina del cazador.*

Mónstruos! le habian abandonado!

(*El muchacho come con avidez el pan que le ha dado Federico; le dan una bota, bebe y despues de haber bebido, deja un poco de agua y riega la flor: no sabiendo despues cómo dar gracias á su bienhechor, se echa á sus pies*).

FEDERICO, *levantándole.*

Pobre criatura! me enternece!

ATANASIO.

Oh! sabe agradecer los beneficios que se le hacen... Gracias, Dios mio! No está todo perdido.

FEDERICO.

Señores, si este infeliz es víctima de algun crímen, juro por lo mas sagrado, que lo haré espiar al que lo haya cometido, ora sea pobre ó rico, ora sea débil ó poderoso; porque desde este momento queda este muchacho bajo mi proteccion, y luego que llegue á Nuremberg denunciaré á los magistrados tan horroroso misterio.

ATANASIO.

No, Federico, no lo hareis todavia. Os pido como un favor, y os lo pediré de rodillas, si es necesario, que guardeis el mas profundo secreto acerca de la existencia de este muchacho, hasta que Atanasio os diga: es ocasion de hablar.

FEDERICO.

Y por qué?

ATANASIO.

Oh! tengo razones de la mayor gravedad para haceros esta súplica. Federico, sé que teneis confianza en vuestro antiguo ayo; le

negareis esta gracia que os pide?

FEDERICO.

Callaré.

ATANASIO, *á los amigos de Federico.*

Y vosotros, Señores, me prometeis no revelar nada de cuanto aqui ha pasado?

Señal de asentimiento de los amigos de Federico.

FEDERICO.

Vamos pues. (*deteniéndose*) Silencio; no habeis oido ruido?.. alli... (*óyense en este momento martillazos*). Están tapiando esa ventana... Ah! ahora sabremos...

ATANASIO.

Federico, acordaos de vuestra palabra. (*á los amigos de Federico*) Ocultad los hachones.

(*Federico coge de la mano al Idiota para llevárselo, mas este le indica por señas que aguarde. Arranca del pilar la estampa de la Virgen y se la guarda en el pecho: coje despues la flor que estrecha contra su corazon y vá á buscar á Federico*).

FEDERICO.

Marchemos.

ATANASIO.

Aguardad; no podria resistir la claridad del dia.

Bendan los ojos al Idiota. Todos se disponen para salir. Siguen los martillazos.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

El despacho de Atanasio en Nuremberg; libros, cuadros, objetos de curiosidad. En el fondo una puerta: otra de una sola hoja á la derecha en primer término; á la izquierda, junto á una chimenea, una puerta secreta; en el mismo lado y encima de una mesa un espejo cubierto con una gasa, mas hácia al foro y tambien á la izquierda, otra mesa de despacho con papeles, etc. sillon; delante de la chimenea una pantalla.

ESCENA I.

ATANASIO, *solo.*

Está sentado junto á la mesa del despacho, examinando unos papeles.

Qué horrible misterio!.. Todo lo ha escrito el anciano Job en estos papeles; en ellos se encuentran las desgracias de una pobre muger y los padecimientos de su hijo .. en ellos he leido tambien el crímen de un hombre, y ese hombre es el padre de Federico, de mi querido discípulo... Qué resolucion debia tomar yo cuando la casualidad me ha hecho dueño de este secreto?.. Denunciar este crimen de detentacion al tribunal áulico y dar un escándalo á la Alemania entera con una causa, cuyo resultado debia ser el cadalso?.. Tal vez he procedido mal! pero no he querido asesinar á Federico, causando la pérdida del Duque de Heilberg... En vista de las esplicaciones contenidas en este papel, he enviado un criado de confianza, en busca de esa madre desgraciada que cree muerto á su hijo; y si la encuentra, endulzaré la amargura de su vida... Ya he tomado mi partido... Devolver la inteligencia á ese muchacho, y reconquistar una alma para el cielo y un hombre para la sociedad; tal es el objeto que me propongo, y tal es mi deber... Pero es estraño que mi enviado no haya vuelto todavia á pesar de los quince dias transcurridos despues de su salida... Si no habrá podido encontrar á esa pobre muger y entregarla mi carta?.. Si la infeliz hubiera sucumbido al dolor... (*campanillazos en la puerta*) Ah! loado sea Dios!.. Sin duda es él y tengo un presentimiento de que me trae buenas noticias. (*abre la puerta*) Federico!

ESCENA II.

ATANASIO, FEDERICO.

FEDERICO.

Vaya! venga un abrazo, querido ayo.

ATANASIO.

Con mucho gusto.

FEDERICO.

Ya veis que soy puntual: y sabeis que

es un esfuerzo bastante heróico esperar quince dias la revelacion de un gran secreto?

ATANASIO, *aparte.*

Qué le diré, Dios mio!

FEDERICO.

Apostaria algo bueno á que estais impaciente por hablar... y á que ese secreto os incomoda.

ATANASIO.

Oh! sí; me incomoda horriblemente.

FEDERICO.

En tal caso hablad cuanto antes...

ATANASIO.

Ya hablaré... Pero cómo es, querido Federico, que no me preguntais por el muchacho que tengo en mi compañía?

FEDERICO.

Calla, es verdad... Y qué hace Edgardo? asi le hemos bautizado... Vamos á ver, está muy adelantada su educacion?

ATANASIO.

Su educacion!

FEDERICO.

Ya supongo que no estará cursando filosofía... pero en fin, tiene algunos principios?

ATANASIO.

Ya sabeis que durante la travesía de las ruinas del castillo á Nuremberg, no podia resistir la luz del dia.

FEDERICO.

Sí, me acuerdo de que tuvimos que bendarle los ojos.

ATANASIO.

Ha costado mucho trabajo acostumbrarle á esa claridad para él desconocida... Pobre muchacho! cómo padeció cuando al salir la aurora entreabrí la ventana de su cuarto!.. parecia que pedia clemencia al sol.

FEDERICO.

Y por grados habeis conseguido calmar ese padecimiento?

ATANASIO.

Ha recobrado el sentido de la vista; y esto ha sido para él un bien desconocido... un goce que yo no podria espresar... como tampoco pudierais vos figuraros cuál fue su alegria al contemplar por primera vez, en una hermosa noche, el cielo tachonado de estrellas.

FEDERICO.

Y habeis conseguido que se despojára de los miserables andrajos con que estaba cubierto?

ATANASIO.

En primer lugar traté de desenredarle el pelo... sin duda le hice daño, porque se puso á gritar y me pegó...

FEDERICO.

Os pegó?

ATANASIO.

Como lo ois.

FEDERICO.

Pobre Atanasio!

ATANASIO.

Y lo mismo sucedió cuando quise enseñarle algunas palabras... pero no por eso me desanimé.

FEDERICO, *para sí.*

Qué bueno es!

ATANASIO.

Viendo que no tenia mas que instinto como los animales, he recurrido á los medios de imitacion.

FEDERICO.

Oh! proseguid, me interesais.

ATANASIO.

He colocado á su lado un muchacho de su edad... y cuando delante de mi discípulo pronunciaba ese muchacho distintamente: «Tengo hambre,» yo le daba de comer; «tengo sed,» le daba de beber... «sueño... dormir,» lo llevaba á la cama... Por imitacion ha hecho Edgardo las mismas cosas, y pronunciado las mismas palabras.

FEDERICO.

Y... habla?

ATANASIO.

Apenas... pero estoy persuadido de que dentro de poco hablará.

FEDERICO.

Vuestra bondad me admira!

ATANASIO.

El muchacho se vestia y peinaba delante de mi discípulo, y mi discípulo imitaba todos sus movimientos, en términos que crei notar en él cierto instinto de coqueteria: le gustan las cosas brillantes, las alhajas, los colores vivos... en fin, cada dia adelanto un paso; hoy pienso hacer algunos esperimentos con objetos que él no conoce todavia.

FEDERICO.

Oh! quiero verle... puede que ya no se acuerde de mí.

Llaman.

ATANASIO.

No esperareis mucho tiempo, pues ya está llamando á la puerta.

Llaman.

FEDERICO.

Abridle.

ATANASIO.

No... esto es una leccion... para que yo abra la puerta, es preciso que él pronuncie la palabra amigo como si me llamára.

Llaman.

FEDERICO.

No estais viendo que se impacienta?

ATANASIO.

Eso le sucede con frecuencia... dejadle... Veis?.. ya calla... está buscando la palabra...

EL IDIOTA, *desde fuera.*

Amigo!

ATANASIO.

Bravo! cubramos antes este espejo que he mandado colocar aqui esta mañana: cubrid tambien la chimenea para que no vea el fuego.

Federico coloca la pantalla delante de la chimenea. Atanasio corre á abrir la puerta.

ESCENA III.

DICHOS, *el* IDIOTA, *vestido con aseo y bastante bien peinado. Al entrar vá á apretar la mano á Atanasio, y despues al ver á Federico, retrocede.*

FEDERICO.

Qué es eso?.. le asusto?

ATANASIO.

No, no; mirad ya os reconoce.

(*El Idiota manifiesta afirmativamente que le queda un recuerdo de su prision; despues reconoce completamente á Federico, se acerca á él, le acaricia y pronuncia nuevamente la palabra.* «Amigo, amigo!»)

FEDERICO.

Me deciais que era malo... y estoy viendo que es muy cariñoso.

ATANASIO.

A veces.

(*El Idiota mira el traje de Federico y le compara con el suyo que no le parece tan bueno: Atanasio le da otro que tenia preparado en un sillon. Manifiesta deseo de tener la cadena de Federico; este se la dá y él se la pone y salta de alegria. En seguida mira el pelo de Federico y se tienta el suyo, espresando que el de Federico le parece que está mejor arreglado... vuélvese á todos lados, quisiera verse... y entonces Atanasio descubre el espejo y le llama:* Edgardo!.. *Sorprendido el Idiota al ver la imágen que tiene delante, mira detrás del espejo, y como no vé nada, se sorprende y se incomoda: vá á pegar á la imágen, esta amenaza tambien que vá á pegar... y él retrocede... Atanasio le indica por señas que es él mismo... El Idiota, loco de alegria, se sienta delante del espejo y se arregla el trage y los rizos de su cabellera tomando por modelo á Federico*).

ATANASIO.

Todavia no sabe que cosa es fuego; veamos el efecto que le causa. — Edgardo!

(*Destapa la chimenea y Edgardo se queda sorprendido: parece que pregunta si es un nuevo sol. Con la mayor confianza vá á tocar el fuego, se quema, grita y amenaza á Atanasio.*)

ATANASIO.

No deciais que era muy cariñoso!..

(*Durante estas palabras Atanasio ha echado algunas gotas de opiata en un vaso de agua: coje la mano al Idiota y se la empapa en aquel específico. El Idiota que ha sentido alivio manifiesta alegria, sin embargo temiendo todavia el efecto del fuego que arde vá á colocar la pantalla delante de la chimenea.*)

EL IDIOTA, *despues de un esfuerzo.*

Sed.

ATANASIO.

Toma, toma, hijo mio.

(*Le presenta agua y el Idiota la rechaza*).

FEDERICO.

Pues que quiere... vino del Rin?

EL IDIOTA, *haciendo un esfuerzo.*

Sed... sueño!

ATANASIO.

Infeliz! le comprendo... quiere ópio... (*toma un frasquito y echa unas gotas de opio en el vaso que le dá*) Cada dia disminuyo la dosis... Toma, toma, pobre víctima!

(*El Idiota apura el ópio, va á mirarse otra vez al espejo y manifiesta mucha alegria... Luego se le van cerrando los ojos, y con voz apagada, dice á Federico:* «Amigo...» *en fin se apoya en el hombro de*

Atanasio y repite al salir: «Dormir, dormir.»)

ATANASIO.

Soy con vos al momento.

Vase.

ESCENA IV.

FEDERICO, *solo.*

Pobre Atanasio!.. cuánto interés se toma por la humanidad!.. y cuántos sacrificios y trabajos le cuesta esa carga que se ha impuesto!.. Me acuerdo de que me decia muchas veces, cuando yo era su discípulo, creo, querido Federico, que no puede haber un muchacho peor que vos para ser educado... Pobre hombre!.. cómo habia de figurarse lo que le iba suceder!.. oh! pero estoy persuadido de que saldrá adelante con su empresa; y yo tambien tendré parte en ello, porque el término ha espirado, y al fin voy á conocer ese gran secreto... (*llaman á la puerta: vá á abrir*) Una señora! en casa de mi rígido ayo!

ESCENA V.

FEDERICO, WILHELMINA.

WILHELMINA.

Perdonad, caballero, no sé si me habré equivocado: es esta la habitacion del doctor Atanasio?..

FEDERICO.

Esta es Señora; y si teneis la bondad de aguardar un momento...

Le ofrece una silla.

WILHELMINA.

Oh! si, Señor, aguardaré.

FEDERICO, *aparte.*

Hay nobleza y dignidad en esta Señora. . y conserva un resto de hermosura... si será parte del misterio de ese pobre muchacho? Habitais en Nuremberg?

WILHELMINA.

No, Señor!

FEDERICO.

Sois estrangera tal vez?

WILHELMINA.

Hace mucho tiempo que salí de Alemania.

FEDERICO.

Y... el doctor Atanasio será pariente vuestro?

WILHELMINA.

No le conozco... ni le he visto nunca.

FEDERICO, *aparte.*

Ah! Qué lacónica es!

WILHELMINA.

Sabeis si tardará en venir?

FEDERICO.

No ha salido de casa... en este momento está dando leccion á un nuevo discípulo que me ha reemplazado... porque, aqui donde me veis, Señora, he sido el discípulo mas aventajado del doctor Atanasio; al menos asi lo dice mi padre el Duque de Heilberg.

WILHELMINA.

El Duque de Heilberg!

FEDERICO.

Conoceis mi nombre, Señora?

WILHELMINA, *aparte.*

El ha conservado á su hijo, él.

FEDERICO.

Disimulad, Señora, conozco aunque tarde que soy demasiado imprudente, y que turbo vuestros pensamientos... (*para sí*) Es preciso que vaya á hacer los preparativos de marcha, porque dentro de una hora debo salir á recibir á mi novia Amelia de Reinsfeld para acompañarla al palacio de mi padre en Munich. (*á Wilhelmina*) Voy á avisar al doctor Atanasio... Ah!.. aqui viene.

ESCENA VI.

DICHOS, ATANASIO.

ATANASIO.

Con quién está hablando Federico? (*Wilhelmina se levanta y saluda*) Perdonad si me atrevo á preguntaros... pero estoy tan poco acostumbrado á recibir Señoras...

WILHELMINA, *le dá un papel.*

Esta carta que me habeis escrito, os dirá quién soy y el objeto de mi venida.

ATANASIO, *aparte despues de haber mirado la carta.*

La madre de ese pobre muchacho.

FEDERICO, *aparte, mirando á Atanasio.*

Cómo se turba!.. que significa esto?

ATANASIO.

Tengo necesidad, Señora, de haceros varias preguntas.

WILHELMINA.

Asi lo creo; pero para contestar á ellas debemos estar solos.

FEDERICO.

Nada mas justo, Señora... os comprendo y me retiro... (*á Atanasio*) De todos modos me debeis mi secreto y no os lo perdono.

ATANASIO.

Bien! marchad, marchad, querido Federico; y tened la bondad de decir á Arnold, que no quiero recibir á nadie.

FEDERICO.

Ola, este es otro misterio... como el consabido.

ATANASIO.

Gracias, gracias, Federico.

Le empuja hácia afuera, y despues que ha salido, cierra la puerta con mucho cuidado.

ESCENA VII.

ATANASIO, WILHELMINA.

ATANASIO.

Ahora, Señora, tened la bondad de sentaros, y prestadme atencion.

WILHELMINA.

Esta carta vuestra me llamaba en nombre del Duque de Heilberg, que murió asesinado; en nombre de su hijo, muerto tambien probablemente... y he acudido á vuestra voz, sin que haya sido bastante á detenerme el peligro que amenaza mi vida.

ATANASIO.

Os creo, Señora; pero la manifestacion que tengo que haceros es de tal gravedad, que se me debe permitir interrogaros para asegurarme de si realmente he encontrado á la madre de ese muchacho que la Providencia...

WILHELMINA.

Qué! vive!.. Ha con conservado Dios su existencia!.. Ah! respondedme, caballero... por piedad... por tanto como he sufrido... decidme, existe!

ATANASIO.

Lo sabreis, Señora, si vuestras contestaciones me imponen el deber de decíroslo.

WILHELMINA.

Oh! preguntad, preguntad, á todo estoy pronta.

ATANASIO.

En los papeles que me han sido confiados está comprendida toda la historia de vuestra familia; la he leido, y la conservo fielmente en mi memoria... hablad! vuestra relacion me dirá si sois la desventurada, cuyos padecimientos soy llamado á calmar.

WILHELMINA.

Disimulad... mis desgracias... he padecido tanto!.. está tan débil mi cabeza... Oh! pero no importa, todo está grabado aqui... tomad esos papeles... fijad en ellos la vista... seguid mi relacion y juzgareis.

ATANASIO.

Os escucho con la mas religiosa atencion.

WILHELMINA.

La familia de los Duques de Heilberg es de las mas nobles de Alemania... Hace unos veinte años que existian en Munich dos herederos de este ilustre nombre... el uno era Duque y feld-mariscal... el otro Conde y coronel.

ATANASIO, *leyendo en el papel.*

El Duque amaba á una jóven de baja nobleza.

WILHELMINA.

Esa jóven se llamaba Wilhelmina Haller, y era hija de un compañero de glorias de Federico el Grande.

ATANASIO.

Eso es!.. eso es!

WILHELMINA.

El Duque de Heilberg se casó con ella.

ATANASIO.

Y desde aquel momento su hermano el Conde le juró ódio eterno.

WILHELMINA.

Jamás perdonó al Duque ese enlace que le arrebató á la par la esperanza de heredar el ducado y la de poder triunfar de la inocencia de Wilhelmina, á quien ostigaba con su impuro amor.

ATANASIO.

Un dia se encontró al Duque asesinado, y por una odiosa aglomeracion de circunstancias se acusó de esta muerte...

WILHELMINA.

Sí, se atrevieron á acusar á Wilhelmina... y perseguida y condenada á morir fué á ocultar su miseria en Francia, despues de haber visto á su noble esposo asesinado á su vista, y á su hijo arrancado de sus brazos, sin duda para morir tambien!

ATANASIO.

Tranquilizaos, Señora... vuestro hijo no ha muerto!

WILHELMINA.

Qué! vive!.. (*cayendo de rodillas*) Gra-

cias, Dios mio! En este momento olvido todas mis desventuras!

ATANASIO.

Levantaos, Duquesa de Heilberg... yo soy llamado por el cielo á devolveros todos vuestros títulos y los abrazos de vuestro hijo.

WILHELMINA.

Mi hijo! dónde está?.. quiero verle!.. quiero estrecharle contra mi carazon! Oh! yo les abandono títulos, riquezas, todo... todo por un beso de mi hijo.

ATANASIO.

Silencio! silencio! por Dios... Vos no podeis figuraros los muchos deberes que tengo que llenar.

WILHELMINA.

Y el primero de todos, no es devolver un hijo á su madre?

ATANASIO.

Acordaos por Dios, Señora, de la sentencia fatal que pesa sobre vos.

WILHELMINA.

Y qué me importa? Que me permitan verle y que me maten despues si quieren.

ATANASIO.

Me parece, Señora Duquesa, que no podeis dudar de mi celo en serviros... Escuchad... Si todo esto deja de ser un misterio, si no teneis valor para guardar todavía silencio por un corto tiempo, puede ser muy fácil que no volvais á ver á vuestro hijo.

WILHELMINA.

Oh! no, no: callaré! esperaré todo el tiempo que querais... Pero decidme, no me engañais? existe?.. le habeis visto?

ATANASIO.

Le he visto.

WILHELMINA.

Oh! qué feliz sois! Oidme si aun os queda alguna duda... A la edad de cuatro años... cuando me fué arrebatado, tenia todas las facciones de su padre... Mirad, aqui está el retrato de su pobre padre... vedle y decid: no es tambien el retrato del hijo?

ATANASIO.

El es! Si Señora, él es! Ah! si yo me atreviera á pediros que me confiaseis ese retrato?

WILHELMINA.

Este retrato? Oh! no, es mi único bien, mi único tesoro!

ATANASIO.

Y vuestro hijo? es para él!

WILHELMINA.

Para él! Si, si, tomadle, tomadle.

ATANASIO.

Oigo ruido... No conviene que os vean, nadie debe saber que habeis estado aqui... Retiraos por esa escalerilla, y volved cuanto antes y á menudo.

WILHELMINA.

Oh! si, volveré.

ATANASIO.

El ruido aumenta... salid.

WILHELMINA.

Si... si... Adios, y dadle un abrazo por su madre.

Vase.

ESCENA VIII.

ATANASIO, ARNOLD.

ATANASIO.

Qué ruido será ese?

ARNOLD.

Señor! estamos perdidos!

ATANASIO.

Qué ocurre?

ARNOLD.

Ya hace algunos dias que veia reunirse delante de esta casa varios grupos de gente.

ATANASIO.

Acaso se sospecha?..

ARNOLD.

Hablaban... de un muchacho... detenido...

ATANASIO.

Por mí?

ARNOLD.

Por vos. Hoy las amenazas se han seguido á las palabras, y hace pocos instantes que un tropel de gente queria penetrar á la fuerza en vuestra casa, pidiendo á ese muchacho á voz en grito.

ATANASIO.

Arnold!.. Baja á la calle... y procura hacerles entrar en razon... Vé, hijo mio!

ARNOLD.

Oh! Si Señor, descuidad.

ESCENA IX.

ATANASIO, *solo.*

Si llegan á penetrar hasta aqui, y consi-

guen apoderarse de Edgardo, tendré que revelarlo todo á los magistrados... y Federico será desgraciado para siempre .. Oh! no, huiremos, buscaremos otro asilo... (*aumenta la algazara*) Quieren derribar las puertas.

ESCENA X.

ATANASIO, *el* IDIOTA.

(*El Idiota entra asustado y parece que pide proteccion á Atanasio, quien le indica por señas que es preciso huir.—Gritos fuera.—El Idiota espresa que tiene miedo y que no quiere salir.*)

ATANASIO.

El miedo le detiene... no quiere seguirme!.. Qué haré, Dios mio? (*han cesado los gritos y el ruido por un momento; el Idiota que se habia escondido debajo de una mesa vuelve al lado de Atanasio*) Ah! si el estraordinario efecto de estas facciones pudiera decirle...—Edgardo! (*le enseña el retrato; el Idiota queda embobado; compara en el espejo su semejanza con el retrato, y al devolvérselo á Atanasio parece que le dice:* «Mirad...» *Quiere apoderarse de él otra vez, pero Atanasio lo guarda á pesar de sus súplicas, y le indica que si lo quiere es preciso que le siga.—Ruido con mas fuerza.—Fluctuando el Idiota entre el miedo y el deseo de poseer el retrato que le ha fascinado, sigue maquinalmente á Atanasio hasta la puerta secreta.*)

ESCENA X.

DICHOS, ARNOLD.

ARNOLD, *entrando.*

Rompen los cristales, y van á derribar las puertas... Huyamos! huyamos!

Atanasio y Arnold se llevan al Idiota; ciérrase la puertecita; oyese ruido de vidrios rotos.

CUADRO SEGUNDO.

Salon del palacio del Duque en Munich, sumamente rico; tres puertas en el foro, que dan á otro salon brillantemente iluminado; puertas laterales.

ESCENA I.

El DUQUE, *sentado.*

Ha muerto!.. Un mes hace que Tony me estaba esperando para comunicarme esta noticia: ayer al llegar de la corte del Margrave de Rinsfeld adonde habia ido á pasar algunos dias al lado de su hija, la prometida esposa de mi Federico, he sabido este importante acontecimiento que me libra de todos mis temores!.. Federico! el único hijo que el cielo me ha concedido!.. al fin disfrutará de ese brillante porvenir que le espera, y se cumplirá su destino sin que yo tenga nada que temer por él!.. (*enseñando una carta que tiene en la mano*) En esta carta me dice que hoy saldrá de Nuremberg para ir á Rinsfeld á buscar á su novia. Pero me parece... (*mira el reló*) que ya debieran estar aqui... (*despues de una pausa y levantándose*) Tony me ha sido fiel: me ha servido como su padre... ha procedido con resolucion! Le recompensaré largamente... (*escuchando*) Un coche! Serán ellos... (*va al foro*) Sí, la tia de Amelia los acompaña... Ya suben.

ESCENA II.

El DUQUE, FEDERICO, AMELIA, *la* MARQUESA DE RINSFELD.

FEDERICO.

Padre mio!

DUQUE.

Querido Federico!.. (*á Amelia y á su tia*) Disimulad, Amelia, y vos, Señora... las primeras caricias de un padre siempre son para su hijo.

AMELIA, *con gracia.*

Oh! yo no soy celosa.

FEDERICO.

Mi impaciencia me ha proporcionado la ocasion de hablar largo rato con mi futura; no podiais haber hecho una eleccion mas de mi gusto.

DUQUE, *alargándole la mano.*

De veras?

FEDERICO.

Oh! sí, y toda mi vida la emplearé en hacer su felicidad. (*á Amelia*) Si, querida Amelia, os prodigaré toda clase de atenciones... prevendré vuestros menores deseos... y en fin el esposo no os permitirá echar de menos al amante.

DUQUE, *á Amelia.*

Si os parece necesario que alguno salga garante de tan dulces palabras, yo estoy pronto desde luego.

AMELIA, *con cariño.*

Conozco su corazon, Señor Duque, y tengo confianza en él.

FEDERICO.

Querida Amelia!

DUQUE.

Vamos, ya se acerca lo hora del sarao, y nuestros convidados no tardarán en venir... (*sonriéndose*) Amelia arde en deseos de pasar al tocador!.. (*á Amelia y á su tia*) Esa es vuestra habitacion.

Federico da la mano á la Marquesa que entra en la habitacion con Amelia. Se queda Federico delante de la puerta mirándolas.

ESCENA III.

FEDERICO, *el* DUQUE.

FEDERICO, *delante de la puerta.*

Qué hermosa es!

DUQUE, *maliciosamente.*

Cualquiera diria que la ves todavia al través de esa puerta, al mirarte ahi clavado, como una estátua.

FEDERICO.

Estoy pensando en la felicidad que me va á proporcionar este enlace.

DUQUE, *con afabilidad.*

Y tanto piensas en ello que casi me tienes olvidado.

FEDERICO, *acercándose vivamente á él.*

Oh! vos no podeis creer eso.

DUQUE.

Es verdad... mas sin embargo tengo motivos para estar quejoso de ti... Oh! no te alteres hijo mio... mis quejas no son muy grandes... se reducen á que has echado en olvido la promesa que me hiciste al marchar tu compañía de guarnicion á Nuremberg.

FEDERICO.

Os prometí teneros al corriente de mis acciones, é informaros hasta de mis ausencias, á fin de que jamás estuvierais con cuidado.

DUQUE.

Y tu has ido á mi castillo de Heilberg, sin avisármelo.

FEDERICO, *cariñosamente.*

Teneis razon, he procedido mal. Pero sin embargo no debeis reconvenirme con demasiada severidad, puesto que empeñé mi palabra que no hablaria á nadie acerca de este viaje.

DUQUE.

Ah! segun parece es cosa séria.

FEDERICO.

Gracias á Dios, ya puedo hablar, y me alegro, porque el silencio que me veia obligado á guardar me tenia abrumado, y mas de una vez decidí revelaros el secreto de que la casualidad me habia hecho depositario tan luego como llegase á Munich; en primer lugar, para probaros que no habeis perdido la confianza de vuestro hijo, y despues para pediros un consejo.

DUQUE.

Un secreto has dicho!

FEDERICO.

Si, padre mio, un secreto horrible... un crímen que ocultaban los subterráneos del castillo de Heilberg.

DUQUE, *aparte.*

Qué dice?

FEDERICO.

Escuchad: un muchacho...

DUQUE, *aparte.*

Un muchacho!

FEDERICO.

Que apenas tendria veinte años... gemia en aquellos subterráneos... Oh! si le hubiérais visto como yo, pálido, estenuado, cuasi desnudo, y con mas instinto de irracional que de hombre, no hubiérais podido menos de horrorizaros y de compadecerle... Los infames que se han complacido en atormentarle, tenian tomadas todas las precauciones imaginables para que no pudiera delatarlos... No hablaba... solo salian de su pecho algunos sonidos mal articulados... Es preciso que su aislamiento haya sido horroroso, porque todo lo ignoraba... todo le sorprendia... todo le asustaba...

DUQUE.

Y tú, qué has hecho?

FEDERICO.

Le he salvado, padre mio.

DUQUE, *aparte.*

Le ha salvado!

FEDERICO.

No se habian atrevido á asesinarle; pero habian hallado otro medio infalible de deshacerse de él: el hambre!.. Cuando nosotros llegamos al subterráneo donde él estaba, tapiaban la única ventana que tenia!

DUQUE, *abatido, aparte.*

Le ha salvado!

FEDERICO.

Quise salir del subterráneo y sorprender al malvado que se habia encargado de tan espantosa comision; pero Atanasio me detuvo y me suplicó que abandonase aquella idea... No sé qué motivos tendria para hacerme semejante súplica... Ocultamos las antorchas que nos alumbraban, y echamos á andar decididos á denunciar aquel atentado á los magistrados, pero otra vez nos suplicó Atanasio que esperásemos... Esperar! Cuando se trataba de castigar un crímen!.. Oh! hice mal en ceder! El muchacho fue conducido á Nuremberg, y mi ayo se encargó de él, teniendo particular cuidado en ocultarlo á todo el mundo... No es verdad que hice mal?.. no es verdad que me he asociado á esa mala accion por no haberla denunciado á los tribunales?

DUQUE, *aparte.*

Hagamos un esfuerzo. (*alto*) Has cumplido con tu deber, hijo mio.. Descansa en mí... pondré este asunto en conocimiento del tribunal áulico, á no ser que me parezcan fundados los motivos que tu ayo haya tenido para obligarte á guardar silencio... Cuando venga le preguntaré... déjame dirigir este negocio.

FEDERICO.

Oh! habeis tranquilizado mi conciencia.

DUQUE.

Los salones se irán llenando de gente... Pasa á ellos á recibir á los convidados... yo iré al momento.

Federico le besa la mano y vase.

ESCENA IV.

El DUQUE, *despues* TONY *que durante la escena precedente ha abierto una vez la puerta.*

TONY.

Ah! estais solo... vengo á deciros...

DUQUE.

Lo sé todo!

TONY.

Sabeis que el muchacho...

DUQUE.

Esta en libertad... si.

Cae en un sillon.

TONY.

Pero no sabeis, Señor, que un correo de Nuremberg ha traido esta noticia á Munich, que aqui no se habla de otra cosa, que la atencion pública está en espectativa, y que es preciso que os prepareis para evitar el golpe que os amenaza.

DUQUE.

Estoy preparado.

TONY.

Escuso deciros que podeis contar con Tony.

DUQUE, *levantándose con viveza.*

Ah! yo no cuento mas que conmigo. No me ha dicho Tony que ese muchacho habia muerto? y Tony no me engañó? (*Tony hace un movimiento, y el Duque se acerca á él*) Ah! soy injusto!., mas no debes estrañarlo, porque parece que la fatalidad se complace en perseguirme. Todos mis planes se trastornan, todos mis proyectos se destruyen! (*levantando la cabeza*) No! no! no perderé en un momento el fruto de diez y seis años de luchas y de contínuos combates. (*acercándose á Tony*) Vamos Tony, sigamos con audacia la obra que habiamos empezado!.. Alguien viene... retírate... (*vase Tony*) Procuremos componer el semblante!.. (*mirándose en un espejo*) Bien!

ESCENA V.

El DUQUE, AMELIA, *la* MARQUESA.

AMELIA.

Ya acabé; os parezco bien?

DUQUE.

Encantadora.

Muchas personas entran por el foro y saludan al Duque.

ESCENA VI.

DICHOS, OSCAR, RANTZAU, OFICIALES *del regimiento de Federico.*

OSCAR.

Señoras, dignaos aceptar el homenage de nuestros respetos.

Otras personas entran y saludan al Duque.

DUQUE.

Os presento á la Princesa Amelia de Rinsfeld, prometida esposa de mi hijo.

Todos se inclinan.

RANTZAU, *bajo á Oscar.*

Es lindisima!

DUQUE, *á los oficiales.*

Este sarao, Señores, es con motivo de haber entrado hoy mi hijo en la mayor edad.

Se dirige á un grupo y se pone á hablar.

RANTZAU, *á Oscar.*

A propósito, Oscar, sabes que hace algunos dias que en Munich no se habla de otra cosa que de ese muchacho misterioso? es cierto lo que se dice?

OSCAR.

Y tan cierto como es.

La multitud se va acercando á Rantzau y Oscar.

DUQUE.

Ah! si, ese muchacho que han encontrado en un subterráneo del castillo de Heilberg!

RANTZAU.

Y que el buen Atanasio se ha encargado de educar. Tambien ha llegado á vuestra noticia, Señor Duque?

DUQUE.

Federico me lo ha contado, y ciertamente que su accion es digna de todo elogio!

Oyese gran ruido en el foro, adonde se han agolpado los convidados.

ESCENA VII.

DICHOS, ATANASIO, FEDERICO, *el* MUCHACHO.

FEDERICO *en el foro, conduciendo al muchacho.*

Aqui está, padre mio!

(*Todos se agolpan alrededor del Idiota que al pronto está aturdido, y sin atreverse á mirar; poco á poco va levantando la vista, y manifiesta contento. Suelta vivamente la mano de Federico, y va á examinar una por una las cosas que no conoce. La primera muger que fija su atencion es Amelia; se para delante de ella inmóvil y estasiado; manifiesta por señas el placer que le causa su presencia: luego vé á otras mugeres y va á examinarlas, mas vuelve muy pronto á colocarse delante de Amelia, indicando que ella es la que prefiere.*)

OSCAR.

Ola! no tiene mal gusto.

ATANASIO.

Es la vez primera que ve á una muger. Hemos venido de Nuremberg en un coche perfectamente cerrado.

(*El Idiota se queda pensativo: se conoce que busca en su imaginacion la esplicacion del objeto que vé. De pronto se acerca precipitadamente á su preceptor y señalándole á Amelia, le indica que desea saber lo que es.*)

AMELIA.

Entendeis lo que quiere decir?

ATANASIO.

Oh! si. (*al Idiota*) Muger!

(*El Idiota hace un gesto que significa* «bien» *Luego señala otra vez á Amelia, pónese la mano sobre el corazon, y trata de espresar á Atanasio el sentimiento, nuevo para él, que ella le causa.*)

AMELIA.

Qué pregunta ahora?

ATANASIO.

Una palabra que esprese la conmocion que siente en este instante, y no se si debo...

(*El Idiota se impacienta, tira del brazo á Atanasio; luego trata de recordar algunas palabras y pronuncia* «decir... espresar... decir... decir...»)

FEDERICO.

Se impacienta!

ATANASIO, *aparte.*

Dios mio! no me atrevo.

(*El Idiota manifiesta mas impaciencia.*)

FEDERICO, *á Atanasio.*

Mirad que os va á pegar.

AMELIA.

Os pega?

ATANASIO.

Algunas veces. (*aqui la impaciencia del Idiota ha crecido de punto: patea y zarandea fuertemente á Atanasio*) Vamos, vamos, á ver si os estais quieto. (*le calma, y como avergonzado de sí mismo, lleva á un rincon al Idiota y le dice*) Amar!

(*El Idiota manifiesta satisfaccion, corre á donde está Amelia y le dice estas dos palabras:* «muger! amar!»)

Risa general que entristece al Idiota, el cual se refugia al lado de Atanasio.

OSCAR, *á Federico.*

Parece que no le disgusta tu novia... no creerias tu hallar en él un rival?.. Esperad! se me ocurre una idea graciosa. (*á Amelia*) Hermana, permíteme que te de un abrazo.

(*Abraza á Amelia. El Idiota se precipita á donde está Amelia, indicando que quiere hacer otro tanto. Atanasio le detiene por fuerza. Las carcajadas aumentan.*)

ATANASIO, *bajo á Federico.*

A ver si conseguis que dejen en paz á este pobre muchacho. Tengo que comunicaros algunas noticias de la mayor gravedad, único motivo que aqui me ha traido.

FEDERICO, *bajo.*

Teneis razon.

ESCENA VIII.

DICHOS, *un* CRIADO.

CRIADO, *al Duque.*

Señor, el palacio está rodeado de soldados; las puertas están tomadas, y un Consejero del Tribunal áulico desea hablaros.

ESCENA IX.

DICHOS, *el* CONSEJERO.

Poco despues de la entrada del Consejero, otras personas, cuyo número se va aumentando poco á poco se agrupan en el foro.

FEDERICO, *á su padre.*

El Señor de Murdoff, Consejero áulico.

CONSEJERO.

Disimulad, Señor Duque, que venga á turbar la alegria de esta reunion.

DUQUE.

Seguramente debierais haber elegido otra ocasion mas oportuna.

CONSEJERO.

Obedezco á una órden de S. M., Señor Duque.

DUQUE.

En ese caso hablad. De qué se trata?

CONSEJERO.

Supongo que tendreis noticia del espantoso crimen que se ha cometido en vuestro castillo?

DUQUE.

Si, Señor; pero para eso no creo que fuese necesario venir á introducir el terror en un baile que se dá en el palacio de les Duques de Heilberg.

CONSEJERO.

Era necesario venir al palacio de los Duques de Heilberg, para buscar á los culpables, ó cuando menos á aquellos en quienes recaen las sospechas.

DUQUE, *aparte.*

Qué dice?

ATANASIO, *aparte.*

Dios mio! amparadnos.

CONSEJERO.

Está aqui el Doctor Atanasio?

FEDERICO.

Es á él á quien se acusa?

CONSEJERO.

No digo tal, Señor Conde; pero él es el que se ha encargado de educar á ese muchacho que habeis librado de un cautiverio eterno. Habiendo sido amenazado por el pueblo, emprendió la fuga, llevándose...

ATANASIO.

Yo soy Atanasio, Señor Consejero.

CONSEJERO.

Y ese infeliz que está á vuestro cuidado?

ATANASIO.

Miradle.

CONSEJERO.

No teneis, Señor Duque, entre vuestros criados, un individuo llamado Tony Hausser?

DUQUE.

Si, Señor.

CONSEJERO.

Quisiera verle.

A una seña del Duque se vá un criado.

DUQUE.

Parece que vais á instruir un sumario en toda regla.

CONSEJERO.

Mucho lo siento, Señor Duque, pero tengo que cumplir con mi deber. Ese Tony estaba antes empleado por vos en el castillo de Heilberg, donde vivió en compañía de su padre por espacio de diez y seis años... No es eso?

DUQUE.

Si, Señor.

FEDERICO.

Ya adivino por qué el Señor Consejero os pregunta por ese miserable. Sin duda ninguna puede aclarar el horrible misterio que cubre la vida de Edgardo; me acuerdo que cuando fui, hace tres semanas, al castillo, me llamó la atencion el aire de maldad impreso en sus facciones.

CONSEJERO.

Añadid á eso, Señor Duque, que la voz pública le acusa de ser el autor, ó cuando menos el cómplice del exacrable atentado que trato de descubrir.

(*Durante esta escena, el Idiota que se ha deslizado por detras de la multitud, se acerca despacio y sin ser visto á Amelia que está de cara á los interlocutores, se ha sentado muy quedito á sus pies como un perro, y la mira cariñosamente: ella le ve y se retira indicándole que no está contenta con él. El Idiota la suplica, juntando las manos, que se quede, indicando que no se moverá: ella se sonrie y vuelve á su lado: el Idiota está contento y besa sus vestidos*)

ESCENA X.

DICHOS, TONY.

TONY.

Señor Duque, me han dicho que me llamabais.

CONSEJERO, *al oficial de justicia.*

Prended á ese hombre.

TONY.

A mí?

CONSEJERO.

Prendedle.

TONY.

Pero de qué se me acusa? (*el Idiota se levanta: Tony le ve y retrocede*) Ah!

CONSEJERO.

Ya lo habeis visto, Señores, y sereis testigos de que se ha estremecido al ver á ese muchacho.

FEDERICO, *mirando al Duque.*

Qué pálido está mi padre! (*horrorizado*) Oh! es horrible la idea que se me acaba de ocurrir!

TONY, *bajo al Duque sin volver la cabeza.*

Vivid tranquilo, Señor Duque, no me abandoneis y no os comprometeré.

CONSEJERO.

Señor Duque, he concluido la comision que tenia que desempeñar en vuestro palacio; ahora solo me falta renovaros la espresion de mi sentimiento por haber interrumpido momentáneamente vuestros placeres. (*á Tony*) Vos, seguidme, y lo mismo ese muchacho.

FEDERICO.

Tambien él?.. Permitid que se quede con nosotros... acaso no está en seguridad en el palacio de los Duques de Heilberg? He jurado cuidar de él como de un hermano, y vos no os empeñareis en que falte á mi juramento! y luego le queremos tanto... (*al Duque*) No es verdad que unís vuestras súplicas á las mias para que no nos arrebaten al muchacho abandonado?..

DUQUE.

Si, hijo mio, si... y espero que el Señor Consejero accederá á ellas.

CONSEJERO.

Con mucho gusto, Señor Duque.

FEDERICO, *bajo á Atanasio.*

Me habeis ocultado la verdad.

ATANASIO, *bajo á Federico.*

La sabreis.

CONSEJERO, *vase llevándose á Tony.*

Vamos.

ACTO TERCERO.

Casa del Duque de Heilberg en Munich.

ESCENA I.

ATANASIO, *el* DUQUE.

Al levantarse el telon, Atanasio está arrodillado delante del Duque.

ATANASIO.

Os lo ruego, Señor Duque, por Federico, por lo que á vos mismo os debeis, por ese muchacho, en fin, privado hasta la edad de veinte años de la luz del dia, y que la Providencia ha puesto en mis manos.

DUQUE.

Y qué quereis que haga yo por él?

ATANASIO.

Quiero que le devolvais el título de Duque de Heilberg que le pertenece, devolviendo á vuestra conciencia la paz de que deben haberla privado los mas amargos y crueles remordimientos.

DUQUE.

El título de Duque de Heilberg!.. Jamás!

ATANASIO.

Acordaos de una carta que vos escribísteis, carta que precedió algunas horas al asesinato del Duque de Heilberg, y que Job Hauser se ha negado constantemente á devolveros; esa carta existe entre los papeles que estan en mi poder.

DUQUE.

Obrando en vuestro poder, estoy tranquilo.

ATANASIO, *levantándose.*

Pues no debeis estarlo, Señor, porque el anciano que suplicaba, se ha convertido en acusador y os pregunta: cuáles son vuestros proyectos respecto á ese muchacho?

DUQUE.

No le he acogido en mi palacio? no he aprobado vuestros esfuerzos para devolverle á la sociedad?

ATANASIO.

Oh! sí, habeis seguido conmigo sus rápidos progresos; como á mí os ha sorprendido esa inteligencia naciente.. habeis admirado como yo la facilidad con que se ha acostumbrado á ese lenguaje culto, lenguaje que el hombre dotado del mejor talento no puede poseer en menos de diez años... Le habeis abierto vuestros tesoros... para que pudiera brillar en los primeros círculos de Munich. Habeis despertado en él toda clase de pasiones, y le habeis arrojado en medio de esas reuniones brillantes, cuya atmósfera le mata... Pero todo eso no es nada, Señor; vos no ignorais que le debeis mucho mas: el título y el nombre de Duque de Heilberg.

DUQUE.

Jamás!.. jamás!

ATANASIO.

Pues bien; ya que mi voz no llega hasta vuestro corazon, veremos si otra mas poderosa ejerce en él mayor imperio.

DUQUE.

Qué decís?

ATANASIO.

Otra persona conoce tambien ese secreto.

DUQUE.

Otra persona.

ATANASIO.

Si, he debido revelárselo... porque se lo habia prometido.

DUQUE.

Pero qué persona es esa?..

ESCENA II.

DICHOS, FEDERICO.

FEDERICO.

Yo.

DUQUE, *levantándose.*

Federico!.. Habeis revelado ese secreto á mi hijo?

ATANASIO.

Era preciso.

FEDERICO.

Si Señor; sé que Edgardo tiene derechos

al título de Duque de Heilberg.

DUQUE.

No es verdad.

FEDERICO.

Sé que vuestro cariño paternal habria hecho cualquiera sacrificio para libertarle de los tormentos que ha sufrido...

DUQUE, *aparte.*

Qué oigo?

FEDERICO.

Pero criados mercenarios y pérfidos consejeros, guiados por la esperanza de grandes recompensas, han cometido un crímen que siempre habeis ignorado.

DUQUE, *aparte.*

Ah!

ATANASIO, *bajo.*

Ya veis, Señor Duque, que no lo he dicho todo.

FEDERICO.

Pero yo no quiero heredar un puesto que no es mio... el infeliz que tiene derecho á él, lo recibirá de vuestra mano; vos se lo devolvereis, y la Alemania presenciará una gran reparacion, y mi padre será mas feliz que nadie al poner término á esta cruel desgracia con un sacrificio que inmortalizará la nobleza de nuestra casa... no es verdad, padre mio?

DUQUE.

Sígueme, Federico... Tu corazon te engaña... á mí me está confiado el honor de nuestra familia, y sé lo que debo hacer.

Vánse.

ESCENA III.

ATANASIO, *solo.*

Ese Duque es un infame!.. Cuenta con mi silencio confiado en el cariño que siempre he tenido á Federico... Oh! si! callaré... pero, y á esa pobre madre que no he vuelto á ver desde que tuve que huir de Nuremberg. . qué la responderé cuando me pida á su hijo?.. y á ese hijo, á quien el Duque ha lanzado en medio del vicio y de la depravacion para perderle, qué le diré cuando me pida su madre?.. Ya no hace caso de mis consejos, se pasan dias enteros sin que le vea... y me tiene con el mayor cuidado... Lo que mas temo es esa pasion desenfrenada que ha concebido por Amelia!.. Esta vez su ausencia es mas larga que de costumbre... Si acaso algun nuevo crímen...

ESCENA IV.

ATANASIO, EDGARDO *dentro.*

EDGARDO.

Donde está el Señor Duque? quiero hablar al Señor Duque.

ATANASIO.

Creo haber oido... sí, él es... Gracias, Dios mio, gracias!.. Todavia no me le han asesinado!

EDGARDO, *sumamente pálido.*

He gastado cuanto dinero tenia y necesito mas!

ATANASIO, *aparte.*

En qué estado viene!

EDGARDO.

Ah! sois vos?

ATANASIO.

Si, yo soy, vuestro ayo.

EDGARDO.

Teneis dinero que darme para volver al juego?

ATANASIO.

Dinero!.. mas falta os hacen mis consejos.

EDGARDO.

Consejos!.. siempre consejos.

Se va á sentar con impaciencia y deja caer la cabeza entre las manos.

ATANASIO.

He pasado muchas noches en vela esperándoos; á cada noche se seguia el dia, y luego volvia la noche y vos no veniais.

EDGARDO.

Me habeis prohibido el ópio y no podia dormir... el placer me llamaba... Oh! el placer es como una calentura que inflama mi sangre... (*levantándose*) Pero dónde está el Duque?.. el Duque que me prodiga sus riquezas... Oh! como le quiero!.. porque él es el único que me hace conocer ese mundo que me embriaga y fascina; porque él es el único que me hace conocer la felicidad!..

ATANASIO.

Edgardo, amigo mio!..

EDGARDO.

Oh! vos no sabeis que el juego y los

placeres son la existencia.., sin ellos para qué quiero vivir?

ATANASIO.

Calmaos, calmaos!..

EDGARDO.

Pues qué, habeis creido que yo soy como los demas hombres, cuando para mí no ha habido infancia!.. no!.. las pasiones han nacido fuertes y violentas en mi corazon... preciso es por lo tanto que me entregue á ellas sin reserva... asi como es preciso que apure gota á gota los placeres de la orgía! Yo bien sé que es un delirio que me transporta!.. que me hace daño!.. que me mata!.. Pero, qué me importa la vida?.. (*contristado*) ha venido demasiado pronto, y demasiado pronto se volverá tambien.

ATANASIO.

Calmaos, hijo mio... Dios os protejerá!

EDGARDO, *con amargura.*

Dios!.. y dónde está Dios?

ATANASIO.

Blasfemais!

EDGARDO.

Dónde está Dios para mi?.. qué beneficios he recibido de él?.. qué parte me ha tocado en este mundo? Me ha cogido en la cuna, débil é inocente para encerrarme en el fondo de un calabozo que me ahogaba!.. en el que no entraba el aire!.. en el que no penetraba el sol... alli me ha dejado por espacio de diez y seis años; y cuando me ha sacado de aquel calabozo, cuando he vuelto á gozar del aire y del sol, cuando he buscado por todas partes una familia á quien prodigar mi amor y mis caricias, qué es lo que he encontrado?.. nada!.. la soledad, el silencio, el abandono! Tenia un padre... recuerdo haber contemplado en un retrato sus facciones queridas... le han asesinado vilmente!.. y ese Dios que todo lo sabe, por qué no me ha hecho descubrir al asesino, para que yo vengue á mi padre?

ATANASIO, *levantando las manos al cielo.*

Señor, perdonad su estravio!

EDGARDO.

Ni siquiera tengo un nombre!

ATANASIO.

Ah!

EDGARDO.

Ayer he visto un jóven como yo que estrechaba contra su corazon á una muger, enagenado de alegria... aquella muger le llenaba de besos y de caricias; aquella muger era su madre!.. Tengo madre yo?

ATANASIO, *aparte.*

Estoy temblando.

EDGARDO.

Y si existe, por qué no me la envia Dios?.. Si existe, por qué me priva de las caricias y de los besos de mi madre?..

ATANASIO.

Oh! oh! esto es horroroso!

Llora y se tapa la cara con las manos.

EDGARDO, *acercándose vivamente á él.*

Llorais!.. Oh! bien sabeis que no tengo mal corazon... (*le enjuga las lágrimas*) Ah! no lloreis... si no quereis que yo llore tambien... no volveré á afligiros... vamos... vamos... decid que me perdonais... amigo!

Pronuncia esta última palabra con voz dulce y cariñosamente: Atanasio le mira y se sonrie.

ATANASIO.

Amigo!.. Hacia tanto tiempo que no habiais pronunciado esa palabra... la teniais olvidada!

EDGARDO, *con cariño.*

Siempre la encontraré en mi corazon.

ATANASIO.

Bien! bien!..Ahora que estais mas tranquilo, me prometeis mudar de conducta?.. Estais falto de sueño, os quitais la vida y me la quitais á mi, porque veo que mi obra perece entre mis manos.

EDGARDO.

Teneis razon, renunciaré á todas esas pasiones frenéticas que me devoran... esceptuando una sin embargo... el amor!

ATANASIO.

El amor!.. ah! hijo mio!.. esta es la mas peligrosa!.. mirad hasta donde os estravía... ahora comprendeis lo que es la seduccion, la violencia... y de ello es Amelia la causa involuntaria.. Afortunadamente os habeis hecho cargo de que es la prometida esposa de Federico.

EDGARDO.

No me hableis de Federico!.. habladme de Amelia, de la que ha producido en mí las primeras sensaciones que he esperimentado. Su imágen me acompaña á todas partes... Hasta en el seno de los placeres mas brillantes, en la mesa de juego á que me siento, al lado de las mugeres que me rodean... alli me la encuentro... allí... siem-

pre! Y si me he quejado de Dios que me oculta el misterio de mi nacimiento, si quiero un nombre... si, en mi ardiente imaginacion, sueño que ese nombre es ilustre, y si al ver relucir una corona ducal en la frente de un noble, me siento con tentaciones de arrancársela para colocarla en la mia... oh! no creais que es para mí, para quien yo la deseo, es para ella!

ATANASIO.

Edgardo!

EDGARDO.

Qué quereis! el amor me ha hecho ambicioso, como tal vez me haria criminal. (*con fuerza*) Si! sí! morir ó poseerla!

ATANASIO.

Afortunadamente el Señor Duque ha tenido la precaucion de alejarla del castillo. Edgardo, no volvereis á verla.

EDGARDO.

Me la han arrebatado!..

ATANASIO.

Pero ella no os ama.

EDGARDO.

Quién os ha dicho que no me ama?... Yo quiero que me ame... (*en la mayor exaltacion y llamando. — Sale un criado*) Caballos! un coche! Caballos! pronto, pronto! Amelia, Amelia!

ESCENA V.

DICHOS, *el* DUQUE, *saliendo de su habitacion.*

DUQUE.

Qué oigo! qué sucede?

EDGARDO.

Ah! venid, Señor! me han arrebatado á Amelia!.. dónde está? Quiero saber donde está.

DUQUE.

Edgardo!

EDGARDO.

Vos me lo direis: sois tan bueno para conmigo... Oh! os amaré como amaba á mi santa imágen, como amaba á mi pobre flor.

ATANASIO, *con energía.*

No se lo digais, Señor Duque.

EDGARDO.

Guardais silencio. Bien! yo la encontraré sin vos... Oh! sí, la encontraré.

Vase violentamente agitado. Atanasio le sigue asustado.

ESCENA VI.

El DUQUE.

Vé, vé, niño inesperto, cuyas terribles y fogosas pasiones he desarrollado con tanta perseverancia! vé á acabar de perder la poca razon que te queda! No está lejos el tiempo en que echarás de menos el calabozo de Heilberg. (*pausa*) Pero hace algunos dias que no he recibido noticias de Tony. A precio de oro he ganado á uno de sus carceleros que debiera haber venido esta mañana, por que esta mañana el consejo áulico debe decidir si ha ó no lugar á la formacion de causa á Tony!.. Todavia vendrá!.. (*otra pausa*) Tony me es adicto... puedo contar con él... Pero y si hablase... Atanasio me ha dicho que mi secreto está en sus manos... Oh! cuanto tarda ese carcelero!

ESCENA VII.

El DUQUE, *un* CRIADO.

CRIADO.

Ese hombre que ha venido varias veces está esperando.

DUQUE.

Que entre!

Vase el criado.

ESCENA VIII.

El DUQUE, GOTHBURG.

Gothburg entrega una carta al Duque.

DUQUE.

Esperas contestacion?

GOTHBURG.

Me han dicho que no.

DUQUE.

Está bien.

Gothburg se vá.

ESCENA IX.

El DUQUE, *solo.*

Abre la carta y la lee un momento para si.

Oh! gracias, gracias, Tony!.. me ha salvado.

Lee.

Señor.....

«Me he comprometido para que no recayeran en vos las sospechas... hubiera preferido poder salir de la cárcel por el medio que vos me habiais proporcionado; pero ha sido imposible y no he vacilado; me pierdo Señor Duque... asi cumple Tony sus juramentos!

»Esta mañana he mandado á llamar al presidente del consejo áulico y me he declarado culpable; le he dicho que ese muchacho era mi hermano. Gaspar Hausser, hijo del anciano Job, segun la ley, pero en la realidad nacido de un adulterio de mi madre con un Señor de Nuremberg. He añadido que mi padre, furioso por la traicion de su muger, habia hecho desaparecer el fruto de su crímen. Me han creido, y debian creerme, tanto mas cuanto que esta historia es verdadera con la única diferencia de que la criatura que mi madre llevaba en su seno ha muerto antes de ver la luz.

»Ahora os toca á vos, Señor, pensar en lo que me habeis prometido.»

Me ha salvado!.. (*arroja la carta al fuego*) Oh! si, nada tengo que temer! Solo tres personas estaban en el secreto: Tony se sacrifica: Atanasio callará... Federico... Oh! Federico no querrá deshonrar á su padré.

ESCENA X.

El DUQUE, *el* CRIADO.

CRIADO.

Una dama tapada quiere hablar ahora mismo al Señor Duque.

DUQUE, *con sequedad.*

Que no estoy en casa.

Antes que el criado salga, aparece Wilhelmina en el foro.

ESCENA XI.

DICHOS, WILHELMINA.

DUQUE.

Qué audacia! Desde cuando las gentes que se presentan en una casa como la mia, no esperan el permiso de los amos para entrar?

WILHELMINA.

Os diré el motivo que para proceder así, he tenido cuando estemos solos.

DUQUE.

Yo no tengo tiempo, ni quiero oiros, Señora: retiraos!..

WILHELMINA.

Me quedo.

DUQUE.

Ah! esto ya es demasiado! (*al criado*) Penn.

WILHELHINA.

Mirad lo que haceis, Señor, pronto os arrepentireis de haber mandado que me echen de vuestra casa.

DUQUE, *al criado.*

Obedeced!

WILHELMINA, *acercándose á él, y levantándose el velo.*

Miradme!

DUQUE.

Wilhelmina!

WILHELMINA, *bajo.*

Sí, Wilhelmina, Duquesa de Heilberg!.. Insistis ahora en que me echen á la calle?

A una seña imperativa del Duque se vá el criado.

ESCENA XII.

El DUQUE, WILHELMINA.

DUQUE, *aparte y abatido.*

Wilhelmina!

WILHELMINA.

No me esperabais seguramente?

DUQUE.

No ha muerto!

WILHELMINA.

Dios ha querido que Wilhelmina fuese el instrumento de su venganza contra vos. El ha sostenido mi valor por espacio de diez y seis años, diciéndome todos los dias con voz consoladora: «Espera, recobrarás tu honor, recobrarás tu hijo.»

DUQUE.

Tu honor! una sentencia infamante te lo arrebató!.. Tu hijo... y dónde está tu hijo?

WILHELMINA.

Aqui!

DUQUE.

Aqui?

WILHELMINA.

Oh! no trateis de engañarme: es inútil todo fingimiento: mi hijo está aqui!.. es ese desgraciado que vos habiais encerrado en un calabozo de Heilberg, y que Dios ha salvado.

DUQUE.

Mentira!

WILHELMINA.

Mentira?.. Escuchad, Roberto. Ocho meses hace que un hombre me llamó á su casa y me reveló la existencia de mi hijo. Me exigió que guardase el secreto hasta que él me permitiera hablar. Yo se lo prometí: despues aquel hombre desapareció... Decíase que habia marchado á Francia: yo volví á Francia; todas mis pesquisas fueron inútiles. Hace poco tiempo que la voz pública me dió una noticia estraña... Se habia encontrado en Heilberg un infeliz desnudo, sin habla, privado del aire, del sol y de la inteligencia... Hacía diez y seis años que duraba su suplicio, y hace diez y seis años que desapareció el heredero de los Duques de Heilberg. Me puse inmediatamente en camino, porque el corazon de madre no me engañaba. Cuando llegué á Munich, supe que vuestro palacio le servia de albergue!.. La víctima al lado del verdugo!.. Temblaba, porque os conozco, y sin pedir parecer á nadie, sin detenerme á buscar á ese hombre á quien estaba ligada por un juramento, me dirigí á este palacio... aqui estoy!.. devolvedme mi hijo!

DUQUE.

Reclámalo delante de los tribunales, si te atreves.

WILHELMINA.

Comprendo... creeis que el temor me detendrá, creeis que el amor á la vida, triunfará del deseo de abrazar á mi hijo?

DUQUE.

Ve á decir á tus jueces· «Dadme á mi hijo!..» y ellos te contestarán: «Danos tu cabeza.»

WILHELMINA, *dando algunos pasos.*

No importa!

DUQUE, *deteniéndola.*

Mira que te pierdes.

WILHELMINA.

Y os pierdo á vos. (*mirándole con desprecio*) Oh! parece que ahora sois vos el que tiembla? Porque he guardado silencio por espacio de diez y seis años, porque he sufrido el destierro, la miseria y la afrenta; habeis pensado que no habia resolucion ni fuerza en mi alma; porque me habeis dejado viuda por medio del asesinato, porque me habeis desheredado del título de madre por medio del rapto, habeis llegado á creer que era una muger débil de cuyos lábios no saldria una queja, y cuya energía no se reanimaria para maldeciros!.. Está visto que no sabeis hasta qué estremo animan á una madre estas mágicas palabras: «tu hijo existe!..» Está visto que no sabeis que si para estrecharle contra su corazon fuese preciso verter toda la sangre de sus venas, la verteria sin inmutarse, aun cuando no debiera verle hasta derramar la última gota. (*con exaltacion*) Devolvedme mi hijo!.. Quiero mi hijo!

DUQUE.

Y con el el cadalso!

WILHELMINA.

El cadalso!.. De vos no espero, ni quiero gracia ni compasion.

DUQUE.

Dices bien: entre nosotros existe una lucha cruel, y es preciso terminarla... pero creeme, las armas no son iguales.

WILHELMINA.

Oh! si, la deshonra para los dos.

DUQUE.

Para tí sola.

WILHELMINA.

Para vos y para mí.

DUQUE, *con desprecio.*

Estas loca...

WILHELMINA.

No: bien sé la suerte que me espera: como habeis dicho hace un momento, luego que me presente á los magistrados y grite: «Mi hijo, dadme mi hijo...» me contestarán: «Danos tu cabeza...» es verdad!.. y no creais que trataré de justificarme del horrible homicidio de que se me acusa, no creais que diré á los que me han condenado: mi noble esposo fue asesinado á mi lado por mandato de su hermano... Marcharé al suplicio con alma tranquila y la frente serena... Pero vos!.. oh! vos no podeis libraros del castigo que os espera!.. Hay penas terribles en las leyes de Alemania para castigar el crímen que habeis cometido! crímen comprobado por documentos, y esos documentos los posee el hombre que me llamó á Nuremberg hace ocho meses... (*el Duque hace un movimiento de inquietud y sobre-*

salto) Ah! bien conoceis que las armas son iguales, Roberto, pues mis palabras os hacen palidecer!

DUQUE, *acercándose á ella.*

Recurres á la justicia de los magistrados?.. Bien!.. acepto el desafio... sígueme!..

WILHELMINA.

Vamos!..

ESCENA XIII.

DICHOS, ATANASIO, FEDERICO.

ATANASIO.

Wilhelmina!

WILHELMINA.

Atanasio!.. gracias, Dios mio! gracias.

ATANASIO.

Estoy temblando!

WILHELMINA.

En vuestro poder estan las pruebas de la existencia de mi hijo... (*Atanasio hace un movimiento*) las teneis... me lo habeis dicho. Entregádmelas.

ATANASIO.

Ah! Señora.

Federico se tapa la cara con las manos.

WILHELMINA.

Le compadeceis... pero él no ha tenido compasion de mí... Sabeis cómo ha contestado á mis lágrimas? queriendo entregar mi cabeza al verdugo!.. Oh! vengan esas pruebas...

ATANASIO, *entregándola unos papeles.*

Tomadlas.

FEDERICO, *á Atanasio.*

Qué habeis hecho?

ATANASIO.

Mi deber! (*el Duque cae en un sillon. Atanasio se acerca á Wilhelmina*) Era muy penoso cumplir este deber, Señora... y sin embargo le he cumplido!.. me habeis pedido el depósito que un moribundo me habia confiado bajo promesa de que os le entregaria. Dios me perdonará que no lo haya puesto antes en vuestras manos: él conoce la causa que ha ocasionado este retraso! Ahora, Señora, en nombre de ese mismo Dios y por la salvacion de vuestra alma, escuchad á un pobre anciano que se postra llorando á vuestros pies, para implorar vuestra clemencia, como se postraba esta mañana á los de vuestro enemigo para obtener una reparacion.

WILHELMINA.

Levantaos, levantaos.

ATANASIO.

No, Señora: pormaneceré en esta postura hasta que mis súplicas os hayan enternecido! En vuestras manos se encuentra la vida y el honor de ese hombre.,. (*bajo*) Todo, todo está en esos papeles... (*alto*) pero no es solo en el mundo: tiene un hijo que está aqui delante de vos, que llora y que ni siquiera se atreve á interceder por su padre. Y á ese hijo sin embargo, sabeis vos lo que le debeis, Señora?.. le debeis la vida del vuestro.

WILHELMINA.

La vida de mi hijo?

ATANASIO.

El es el que lo arrancó de los subterráneos de Heilberg... él es el que lo tomó bajo su proteccion... y él despues de Dios, es el que os lo ha devuelto!..

WILHELMINA, *á Federico.*

Vos... vos!.. ah! Bien!

Se arroja en sus brazos.

FEDERICO, *en sus brazos.*

Señora, perdonad á mi padre...

WILHELMINA.

Si, sí!.. yo soy agradecida!.. qué hay que hacer?.. qué quereis?

FEDERICO.

Mañana... mi padre y yo saldremos para siempre de Munich. Entre esos papeles existe uno, por medio del cual se prueba el derecho de mi primo á mis títulos, dignidades y bienes: haced uso de él, Señora... En cuanto á los demas... si os conviene serviros de ellos... esperad á que hayamos partido para nuestro destierro.

WILHELMINA.

Federico!.. quedarás satisfechó de mi... (*á Atanasio*) Pero y mi hijo... llevadme á donde está...

ATANASIO.

Venid, Señora!.. (*para sí*) Con tal de qué esta noche no la pase fuera!..

DUQUE, *atravesando la escena por el proscenio, mientras que los otros se van, y viendo á Tony que entra por una puertecita de la derecha.*

TONY, *bajo al Duque.*

Estad tranquilo, Señor, todo lo he oido: esta noche tendreis esos papeles.

Telon. — Cuadro.

ACTO CUARTO.

Jardin: á la derecha hácia el proscenio un pabellon con puerta de alcoba y ventana en el foro; puerta de entrada á la derecha; á la izquierda un sofá y una mesita. Entre el primero y segundo bastidor de la izquierda un banco. En el foro un bosquecillo.

ESCENA I.

TONY.

El Duque estaba perdido á no haber sido por mi resolucion: esta es la segunda vez que le salvo. Bien sé que mi permanencia aqui me espone á grandes peligros... no importa!.. le serviré hasta que no me necesite... Ademas, durante la noche no notarán mi fuga, y antes de amanecer estaré yá muy lejos de Munich, si he conseguido primero apoderarme de esos papeles! El Duque saldrá con su proyecto... Mucho tarda Edgardo en volver!.. arrastrado por su loca pasion, ha corrido en pos de Amelia... Pero él volverá, y yo le espero aqui, que es por donde precisamente tiene que entrar... Para exaltar mas y mas sus ardientes pasiones emplearé un medio seguro... Una larga esperiencia me ha hecho conocer el bien y el mal que el ópio puede causar... En gran dosis, produce el transporte, el delirio con una sonmolencia nerviosa, privando del sueño y de la razon... Siento pasos... él es.

Se esconde detrás de los árboles.

ESCENA II.

TONY, EDGARDO.

EDGARDO, *abatido.*

Ya no me queda esperanza! He perdido para siempre á Amelia... Y Federico... y el Duque... y sobre todo Atanasio que decia que me amaba tanto!.. Nadie viene en mi auxilio... me dejan solo, solo en este mundo, en el que me habian prometido que seria feliz.

TONY, *saliendo.*

No, Edgardo; no estais solo en el mundo.

EDGARDO.

Quién es? quién sois?

TONY.

Un hombre, un amigo que quiere poner término á vuestros tormentos.

EDGARDO.

Oh! bien venido seais... porque necesito consuelo. Me han dado pasiones y deseos que me abrasan y que no puedo satisfacer; me han dado un nombre que no es el mio... Tengo un título y tesoros que me pertenecen y me los roban; quisiera poner ese título y esos tesoros á los pies de una muger que amo con delirio... y me arrebatan á esa muger y no la volveré á ver en mi vida.

TONY.

Quién sabe?

EDGARDO.

Pero quién sois vos para hablarme asi?

TONY.

He venido á veros por mandato del Señor Duque.

EDGARDO.

El Duque!.. No puede ser... no es él quien ha alejado á Amelia de su palacio?

TONY.

Debia hacerlo porque entonces no tenia la menor esperanza de que la obtuvierais, aun cuando fuera á costa de sacrificar la felicidad de su hijo.

EDGARDO.

Y ahora?

TONY.

Ahora... escuchadme bien: una muger acaba de llegar á este palacio... una muger la causa de todos vuestros males, la que os persigue desde vuestro nacimiento.

EDGARDO.

Y cómo sabeis?..

TONY.

Es un misterio que el Señor Duque me ha confiado: esa muger ejerce en vuestra suerte una influencia fatal, que ningun esfuerzo humano puede destruir: hasta el mismo Duque se ve precisado á temblar en su presencia: mas tarde os revelaré los secretos que existen entre ella y vos. Por ahora básteos saber que los interesantes papeles que os devolverán vuestros títulos y con ellos Amelia...

EDGARDO.

Acabad!

TONY.

Estan en su poder.

EDGARDO, *con arrebato.*

Y dónde está esa muger?

TONY.

Os lo diré.

EDGARDO.

Decídmelo, decídmelo ahora mismo.

TONY.

No ha llegado la ocasion: esta noche cuando todos esten recogidos vendré á buscaros á este sitio, y os instruiré de lo que debeis hacer.

EDGARDO.

Oh! tendré esos papeles, yo os lo juro; y no perdonaré medio alguno para obtenerlos! Quiero rasgar el sombrio misterio que cubre mi existencia, y ya estoy cansado de no oir en rededor de mi, mas que palabras de compasion, ó chanzas amargas y crueles sarcasmos. Mirad, ayer mismo estaba jugando en compañia de Rantzau y de Oscar, dos amigos de Federico: la suerte me era favorable, y tenia delante de mi un monton de oro: todo el mundo estaba admirado de ver mis ganancias. «A qué viene eso, Señores?..» esclamó Oscar con una espresion de desprecio que yo no puedo definir: «Qué tiene esto de estraño? no es cosa sabida que los bastardos tienen fortuna?..» Una carcajada estrepitosa, acogió aquella chanza, y todas las miradas se clavaron en mí. El rubor cubrió mi rostro. Me levanté; me lancé á Oscar, derribando las mesas y el oro: le llamé infame! y le di una bofetada. Oh! vos no podeis comprender la humillacion y el desprecio que encierra esa palabra!.. Y si es cierto, como decís, que esa muger posee los títulos que prueban mi nacimiento, se hace necesario que yo los tenga cueste lo que costáre, para que nadie pueda volver á insultarme llamándome bastardo!

TONY.

Retiraos á vuestro cuarto y procurad descansar unos momentos; necesitais tranquilizaros y revestiros de una sangre fria á toda prueba.

EDGARDO.

En vano busco el descanso... Cinco noches hace que apenas se cierran mis ojos... y no puedo dormir: hasta me han privado del ópio, que en otro tiempo me hacia olvidar mi miseria.

TONY.

Yo os facilitaré ópio.

EDGARDO,

Teneis?

TONY.

El Duque me ha dado para vos.

EDGARDO.

Oh! traed... mas... mas... (*Tony le dá mas ópio y Edgardo lo toma*) Oh! gracias.

TONY.

Cuando den las tres en el reló de palacio, vendré á buscaros.

EDGARDO.

Y me revelareis los crímenes de esa muger; me direis por qué su ódio se ha encarnizado con el pobre Edgardo.

TONY, *sonriéndose.*

Su ódio!.. Si la hablaseis de su ódio, os contestaria que os quiere; y para mejor engañaros, no vacilaria en decir que es vuestra madre... pero vos no la creeriais.

EDGARDO.

Oh! no!

TONY.

Sobre todo silencio. (*aparte*) Dejemos que el ópio produzca su efecto.

Vase.

ESCENA III.

EDGARDO, *solo.*

Esperar hasta las tres... esto es un siglo!.. me parece que cada instante que pasa se lleva mi felicidad, todas mis esperanzas!.. Por fin voy á conocer la familia á que pertenezco... Voy á saber la suerte de mi madre, de mi querida madre!.. Tal vez me la enseñarán!.. me la enseñarán!.. Oh! este pensamiento hace latir mi corazon de alegria!.. Querria yo tanto á mi madre!.. (*con pasion*) Pero qué voy á hacer hasta que den las tres! Si al menos pudiera descansar un rato, pero no en mi cuarto... pudiera dormirme y faltaria á la cita... Oh! no! no!.. aqui... en ese banco!.. (*se sienta en un banco y procura dormirse*) Ah! daria diez años de vida por algunos momentos de sueño... Pero no... no puedo... Qué es lo que tengo?.. ese ópio que siempre me ha hecho tanto bien, ahora me desgarra el pecho y siento un vértigo...

Quiero cerrar los ojos... y mis párpados se abrasan y devoran como si fueran un velo de fuego... Se me arde la cabeza... tengo calentura, estoy delirando... (*levantándose*) Insomnio! insomnio!.. Tormento del infierno! cesa ó dame la muerte!

Vuelve á caer en el banco, y trata aunque en vano de dormirse.

ESCENA IV.

EDGARDO, ATANASIO.

ATANASIO.

Ah! aqui está! al fin le encuentro!

EDGARDO.

Cuanto sufro.

ATANASIO.

Edgardo.

EDGARDO.

Eh?.. quién me llama? Atanasio!.. marchaos, marchaos.

ATANASIO, *aparte.*

Oh! Dios mio! sus facciones estan desencajadas! los ojos se le saltan de las órbitas!.. (*alto*) Vengo á hablaros de una persona que debe seros muy querida.

EDGARDO.

De Amelia?

ATANASIO.

No, no es Amelia.

EDGARDO.

Entonces dejadme, dejadme por favor. Oh! cuánto sufro!

ATANASIO, *aparte.*

En este estado no puedo presentarle á su madre, esperaré un instante mas favorable.

EDGARDO.

Habeis decidido quedaros?

ATANASIO.

Esa misma pregunta iba á haceros yo... no estariais mejor en vuestro cuarto?

EDGARDO.

En mi cuarto?.. no... no, alli todo me sofoca... todo me ahoga... mejor estoy aqui... aqui respiro el aire libre! (*dan las tres, aparte*) Las tres!.. si no consigo alejarle, no podré ir á buscar á esa muger... Qué haré?

ATANASIO.

Edgardo!

EDGARDO, *como inspirado.*

Teneis razon! mejor estaré en mi cuarto! pero dejadme... quiero ir solo... en el estado en que me encuentro pudiera ofenderos... y... dejadme! dejadme!..

Se marcha precipitadamente, y aprovechando un momento en que Atanasio está vuelto de espaldas á él, se esconde entre la espesura del bosquecillo del foro.

ATANASIO.

Ah! no debo abandonarle!

Vase por detrás del pabellon. En este momento sale por el lado opuesto del bosquecillo Tony, y entre la espesura se encuentra con Edgardo.

EDGARDO.

Silencio... pueden oirnos... (*señalando por donde marchó Atanasio; despues le agarra de la mano, y bajándole un poco al proscenio le pregunta con interés*) Dónde está esa muger?

TONY, *señalando el pabellon.*

En ese pabellon. (*Edgardo hace un movimiento de impaciencia como para marchar al pabellon; Tony le detiene*) Aguardad... antes quiere veros el Señor Duque, y él os entregará la llave. Venid.

EDGARDO.

Vamos.

Vánse los dos.

ESCENA V.

WILHELMINA, *sale por la puerta de la izquierda del pabellon con una luz en la mano. La puerta se cierra de golpe.*

Ha salido en busca de Amelia de Rinsfeld y no debe haber vuelto... Atanasio me prometió traerle aqui luego que entrase en palacio... y nada oigo que indique su venida... Oh! tengo tanta necesidad de verle! (*escucha*) Nada todavía... Pero por qué me habrá encargado Atanasio que solo abra cuando oiga pronunciar su nombre y dar tres palmadas á esa puerta?.. Si recelará algun peligro! Oh! no... teme una conmocion demasiado fuerte... (*se dirige á la mesa donde estan estendidos los papeles que le entregó Atanasio y se sienta en el sofá*) He leido estos papeles! qué horrible revelacion! si quiero puedo perder al Duque, puedo hacerle subir al cadalso en mi puesto... No... no... mi venganza recaeria en Federico, en un jóven dechado de virtud, y yo le he prometido olvido y perdon... Pero entonces mi hijo no será rico... poderoso.. No importa... Volveremos á

Francia si es necesario, y él no se negará á seguirme cuando sepa que si su madre ha consentido en sufrir por segunda vez el destierro, es por no deshonrar á aquel á quien ella debe la vida de su hijo. Edgardo aprobará mi conducta, porque debe ser bueno y generoso... (*mira al reló de sobremesa*) Se va haciendo tarde y no viene... Oh! si no le veré tampoco esta noche?.. Atanasio no le habrá encontrado .. esperemos á mañana... y ya que él no viene, venid vosotros, dulces sueños que Dios envia á la madre que espera á su hijo! (*apaga las luces; oscuro*) Vamos! (*se dirige á la alcoba, oye ruido y se detiene*) Qué ruido es ese?... (*escucha*) Una llave da vueltas en la cerradura!.. y no oigo la seña!

Corre á la mesa donde ha dejado los papeles, los recoge, se los guarda en el seno, y luego se apoya temblando en el brazo del sofá.

ESCENA VI.

WILHELMINA, EDGARDO.

WILHELMINA, *contra la alcoba.*

Quién está ahí?

EDGARDO, *cerca de la puerta.*

No duerme.

WILHELMINA.

Sois vos, Atanasio?

EDGARDO, *acercándose.*

No... soy yo.

WILHELMINA.

Vos!.. no os conozco. Quién os ha introducido aqui? quién os ha dado esa llave? qué quereis?

EDGARDO.

No os importa saber ni quien me ha introducido aqui, ni quien me ha dado esta llave... En cuanto á lo que quiero, voy á decíroslo.

WILHELMINA, *con violencia.*

Ah! os ha enviado Roberto!.. pero aun tengo bastante fuerza para pedir socorro.

Se dirige á la puerta, y Edgardo la detiene agarrándola del brazo con violencia.

EDGARDO.

Teneis unos papeles que contienen el secreto de mi vida, y los quiero.

WILHELMINA.

Para qué?

EDGARDO.

Los quiero... y si no me los dais os los quitaré.

WILHELMINA.

Os han engañado... yo nada tengo.

EDGARDO.

Los teneis.

WILHELMINA.

No.

EDGARDO, *señalando el seno.*

Los guardais en el seno.

WILHELMINA.

Soy perdida!

EDGARDO.

Ya veis que estoy bien enterado... con que creedme, ceded sin resistencia; la sangre me hierve ya en las venas; hace un momento que estaba tranquilo, pero ahora ya no lo estoy... Y cómo estarlo, cuando esos papeles son mi existencia, mi felicidad, mi porvenir?.. En vuestras manos está la vida y la muerte de Edgardo.

WILHELMINA.

Edgardo!.. el muchacho que han encontrado en los subterráneos de Heilberg?

EDGARDO.

Si, soy yo.

WILHELMINA.

Ah! ya nada temo! (*arrojándose en sus brazos*) Edgardo! soy tu madre!

EDGARDO, *sonriéndose amargamente.*

Mi madre!.. ya... ya me habia dicho Tony que emplleariais ese medio para enternecerme!.. (*rechazándola*) Mentís! vos no sois mi madre.

WILHELMINA, *llorando.*

Que no soy tu madre, hijo mio! No soy Wilhelmina Haller, á quien sus enemigos han condenado y proscrito? No soy yo la que ha llorado por espacio de diez y seis años la pérdida de mi hijo que me habian arrebatado?

EDGARDO, *con la misma sonrisa.*

No! no!

WILHELMINA, *se ha soltado de las manos de Edgardo.*

No soy yo!.. Oh! Dios mio!.. solo me faltaba ahora ser rechazada por mi hijo! Despues de tanto padecer y de haber derramado tantas lágrimas, despues de no haber pasado un solo dia sin que me acordara de él, ni una sola noche sin que por él rogara al cielo, oir de sus labios ahora que le encuentro. «Vos no sois mi madre!»

EDGARDO.

Yo no tengo madre, no tengo mas apoyo que el del Duque que me ha amparado en mi horfandad.

WILHELMINA.

El Duque!

EDGARDO.

Por eso le quiero á él tanto como os aborrezco á vos.

WILHELMINA.

Edgardo! Ese hombre es el que ha causado todos tus males; ese hombre es el que para apoderarse de tus títulos y fortuna te ha tenido encerrado en un calabozo durante diez y seis años; ese hombre, en fin, es el que ha asesinado á tu padre.

EDGARDO.

No! sois vos la causa de tanto desastre.

WILHELMINA, *desesperada.*

Yo!.. yo!.. (*estrechándole entre sus brazos*) Pues bien, vamos á verle... ven... quiero confundirle en tu presencia.

EDGARDO.

Oh! no saldreis da aqui. Dadme esos papeles.

WILHELMINA.

Estos papeles?

EDGARDO.

Me han prometido á Amelia cuando sea dueño de ellos.

WILHELMINA.

Y quién te la ha prometido?

EDGARDO.

El Duque.

WILHELMINA.

Y á quién debes entregarlos?

EDGARDO.

A él.

WILHELMINA.

Mátame pues; no te los daré.

EDGARDO.

Os he dicho que si no me los dabais os los quitaria... miradme, Señora... No veis mi palidez? no veis que tiembla mi voz!.. Estoy loco, estoy furioso! en términos que hasta Dios mismo intercederia en vano por vos!.. se me arde la cabeza... se agotan mis fuerzas... vacilo, y me parece que la tierra se hunde debajo de mis pies... (*con voz terrible*) Por última vez os pido esos papeles!.. esos papeles!

WILHELMINA.

Jamás!

EDGARDO.

Los tendré!

Va á la puerta; la cierra y tira la llave por la ventana.

WILHELMINA, *huyendo.*

Hijo mio! hijo mio!

EDGARDO, *persiguiéndola.*

Los tendré!

La alcanza al lado del sofá y la hiere. Por un movimiento rápido lleva la mano al seno de Wilhelmina y le arranca los papeles; pero al ver la sangre retrocede asustado dando un grito despues del que ha dado Wilhelmina: se retira á la puerta donde se queda petrificado: Wilhelmina que ha caido en el suelo, se levanta con trabajo agarrándose del sofá: á costa de grandes esfuerzos consigue incorporarse y se aprieta la herida con la mano.

WILHELMINA.

Dios mio! concededme un momento de vida... nada mas que un momento! (*da un paso... luego otro acercándose á Edgardo hasta que se pone junto á él*) Edgardo! Edgardo!.. (*le coge la mano. Edgardo se estremece*) Me has muerto!.. me has dicho: «Vos no sois mi madre»... y sin embargo es cierto que lo soy, Edgardo mio!.. mírame á tus pies moribunda... y no sale de mi boca ni una queja, ni una reconvencion!.. pero soy tu madre!.. si... tu madre!.. Oh! hijo mio!.. ven á mis brazos... antes que mi alma me abandone, antes que mis ojos cesen de verte.

EDGARDO, *delirando la rechaza.*

Mas lejos... mas lejos... vuestra sangre me mancha.

WILHELMINA.

No me crees aun! Edgardo, los juramentos hechos sobre la cruz son sagrados!.. Quieres que lo jure sobre la cruz?.. aguarda... (*se quita una crucecita del cuello*) Mira, lo juro sobre esta que no se ha separado nunca de mí, y que aun está mojada con las lágrimas que he derramado rogando al cielo por tí... soy tu madre!

EDGARDO.

Oh!.. esto es imposible... y sin embargo el eco de vuestra voz me conmueve y me estremece... pero no; como me habian de haber hecho asesinar á mi madre!

WILHELMINA.

Tu no... tu no eres culpable, pobre hijo mio!.. yo te perdono y te bendigo!

EDGARDO, *dando un grito.*

Me bendecis despues de mi crimen!.. Ah! si, si; vos debeis ser mi madre!

La coge entre sus brazos y la abraza convulsivamente.

WILHELMINA.

Gracias, Dios mio! gracias.

EDGARDO.

Madre mia! y yo la he herido... y el puñal no se me cayó de las manos!.. Pero es cierto que la he herido?.. es cierto?.. (*horrorizado*) Oh! si, si... estoy cubierto de sangre!.. He asesinado á mi madre! (*levantándose vivamente*) Socorro! socorro! (*vá á la puerta*) Cerrada!.. Oh! yo la he cerrado! yo la derribaré!

Hace vanos esfuerzos para derribarla.

WILHELMINA.

Edgardo, ven.

EDGARDO, *corriendo adonde está Wilhelmina.*

Aqui estoy.

Oyese ruido.

WILHELMINA.

Escucha...

Se desmaya.

EDGARDO.

Madre mia.

ESCENA VII.

DICHOS, ATANASIO, FEDERICO, CRIADOS.

Aclara.

FEDERICO, *retrocede horrorizado.*

Oh!

Edgardo que se ha separado de su madre y que se ha acercado á la puerta maquinalmente, se queda pensativo y cabizbájo. Federico corre á socorrer á Wilhelmina.

ATANASIO, *se detiene horrorizado.*

Ah! hemos llegado demasiado tarde.

ESCENA VIII.

DICHOS, *el* CONSEJERO AULICO.

CONSEJERO, *viendo á Wilhelmina.*

Una muger asesinada!

FEDERICO.

Todavia respira! vivirá!

EDGARDO.

Es mi madre!.. yo la he asesinado... he asesinado á mi madre!

Se póne convulsivo y se rie de un modo horroroso.

Telon.

ACTO QUINTO.

Un salon.

ESCENA I.

ATANASIO, *mira á la izquierda donde hay una puertecita entreabierta.*

Edgardo descansa! Ah! la maldicion del cielo pesa sobre esta familia... el hijo matador de su madre!.. la madre condenada á muerte!.. y si llegaran á descubrirla, no obstante su inocencia, la arrastrarian al cadalso... felizmente ignoran su verdadero nombre!.. y ademas espero que muy pronto podrá ponerse en camino; la herida no era profunda, y ya casi está restablecida.

ESCENA II.

ATANASIO, WILHELMINA.

ATANASIO.

Qué imprudencia, Señora! por qué habeis salido tan pronto de vuestra habitacion y sin haberme avisado?

WILHELMINA.

Oh! me encuentro bien... muy bien!.. pero... él?

ATANASIO.

El!

WILHELMINA.

Si, mi Edgardo!

ATANASIO.

Señora... no sé como manifestaros... pero vuestro hijo... no estaba en mi poder..

WILHELMINA.

Lo habrán preso como asesino?

ATANASIO.

No Señora, Tony es el único preso.

WILHELMINA.

Y Roberto?

ATANASIO.

El Duque! con la certeza de que los papeles que podian perderle han desaparecido, está mas soberbio y orgulloso que nunca.

WILHELMINA.

Pero una vez que Edgardo está libre, por qué no le veo?

ATANASIO.

Señora, no me pregunteis!

WILHELMINA.

Hablad... hablad... (*con resignacion*) Tengo que temer alguna nueva desgracia?

ATANASIO.

Si... esa conmocion terrible .. en unos órganos tan débiles... Oh! Dios mio! cómo decir á una madre!

WILHELMINA.

Acabad, acabad! no veis que me estais asesinando?

ATANASIO.

Su pobre cabeza no ha podido resistir...

WILHELMINA.

Está loco! no os atreveis á pronunciar esa palabra, pero la leo en vuestros ojos... está loco!

ATANASIO.

Aqui teneis la declaracion de los médicos mas acreditados de Munich...

WILHELMINA, *leyendo*.

El idiotismo; la locura mas incurable... (*llora*) Hijo mio! oh! el cielo no es justo. (*con violencia*) Dónde está? quiero verle, quiero hacerle recobrar la razon con mis besos y caricias.

ATANASIO, *aparte*.

La razon... puede recobrarla un momento, y ese momento anunciará su muerte...

WILHELMINA.

Al menos conducidme á donde está!

ATANASIO.

Ay, Señora, no conoce á nadie!

WILHELMINA.

Me conocerá á mí, á mí que soy su madre!

ATANASIO.

Si me prometiéseis dominaros, tal vez consentiria...

WILHELMINA.

Ah! os lo prometo.

ATANASIO, *abriendo una puerta que está á la izquierda*.

Mirad... alli.

WILHELMINA.

Cómo! tendido en el suelo... en qué estado, Dios mio!

ATANASIO.

Su manía consiste en decir que está en el calabozo; me ha pedido esa estera, su santa imagen, en fin, todo lo que le recordaba su cautiverio... Y yo para lisongear esa misma manía, le he dado un vestido igual al que tenia en la prision. . y afortunadamente he podido proporcionarme una flor parecida á la que él cultivaba... esa flor la trae aqui todas las mañanas para regarla con el agua de ese vaso, y esa flor es ahora su único bien, su único amor.

WILHELMINA, *con desesperacion*.

Su único amor... y yo!... y yo!..

ATANASIO.

Me habeis prometido dominaros.

Oyese ruido.

WILHELMINA.

Siento pasos.

ATANASIO, *aparte cerrando la puertecita*.

Será el Consejero áulico que vendrá á interrogarle otra vez... (*aparece Federico*) No, es Federico.

WILHELMINA.

Federico!

Quiere marcharse.

ESCENA III.

DICHOS, FEDERICO.

FEDERICO.

Ah! os suplico, Señora, que os quedeis.

WILHELMINA.

Viene á anunciarme una nueva desgracia el hijo de Roberto? Oh! desafio el ódio de vuestro padre; el cielo ha colmado la medida de mis infortunios.

FEDERICO.

Yo, Señora?.. yo odiaros?.. Espero que llegará el dia de mi justificacion; pero los momentos son preciosos... vuestra vida está en peligro.

WILHELMINA.

Y qué me importa á mí la vida?

FEDERICO.

Por favor, dejadme continuar.

ATANASIO.

Si, si, dejadle hablar, Señora.

WILHELMINA.

Oh! nada! nada quiero del hijo de Roberto.

FEDERICO, *deteniéndola*.

Y sin embargo, Señora, si ese hijo, pa-

ra daros una prueba de su buena fé, para obedecer á un deber de honor, viniese á defenderos contra su padre... os negariais á oirle?.. Contestad: permaneceriais sorda á su voz si os dijera: mi padre ha causado vuestra desgracia; evitadle un nuevo crimen, un crimen irreparable?

WILHELMINA.

Bien, hablad... pero pronto.

FEDERICO.

Oh! sí, Señora, porque cada instante que pasa, arrebata una esperanza á mi corazon... Un malhadado error os hizo condenar...

WILHELMINA.

A muerte... y si llegan á descubrir quien soy, se levantará el cadalso para que yo suba á él.

FEDERICO.

Ah! cuánto sufro al deciros...

ATANASIO, WILHELMINA.

Qué?

FEDERICO.

Que mi padre os ha delatado á la justicia.

ATANASIO.

Qué horror!

WILHELMINA.

Lo esperaba.

FEDERICO.

Tal vez dentro de una hora vendrán aqui á prenderos para arrastraros moribunda á las carceles destinadas á los criminales. No desprecieis mis ruegos... aun podemos disponer de algunos instantes... todo está preparado... pronto habremos ganado la frontera de Francia... huyamos... os lo suplico de rodillas. Ah! no resistais á mis lágrimas, á mi desesperacion...

UN CRIADO, *ananciando.*

El Señor Consejero áulico.

ATANASIO.

Ya es tarde!

ESCENA IV.

DICHOS, *el* CONSEJERO AULICO, GUARDIAS *en el foro.*

CONSEJERO.

Que no se permita salir á nadie.

FEDERICO, *á Atanasio.*

Y no he podido salvarla!

CONSEJERO.

En esta casa hay una muger llamada Wilhelmina Haller... En nombre del Tribunal áulico, os mando que nos la entregueis.. Guardais silencio... Dónde está esa muger? donde está Wilhelmina Haller?

WILHELMINA.

Yo soy.

CONSEJERO.

Sabeis, Señora, de qué crímen se os acusa?

ATANASIO.

Es inocente... Os juro por lo mas sagrado que hay en el mundo, que nunca he visto corazon mas puro ni mas generoso que el suyo... De ello existen pruebas que yo he tenido en mi poder... Oh! dadnos siquiera algun tiempo para buscarlas.

CONSEJERO.

Una sola esperanza os queda, esperanza de la cual apenas me atrevo á participar, noble Atanasio.. pero al menos llenaremos nuestro deber hasta el último momento... Tal vez la providencia concederá al pobre Idiota un lucido intérvalo.

ESCENA V.

DICHOS, EDGARDO.

ATANASIO, *viéndole.*

Aqui está! Edgardo! Edgardo!

EDGARDO, *con trage parecido al que tenia en el cuadro segundo: saca una flor.*

Yo no me llamo Edgardo!.. ese nombre no es el mio... llevo otro...

Deja la flor al lado de una mesa.

WILHELMINA, *aparte.*

Pobre hijo mio!

CONSEJERO, *con amabilidad.*

Edgardo!

EDGARDO.

Eh! dejadme... ya os he dicho que no es ese mi nombre.

CONSEJERO.

No os asusteis... y contestadme... Esos papeles que teniais ahi... en el pecho... no los habeis encontrado?..

EDGARDO.

Los papeles! (*riéndose convulsivamente*) Eh! eh! eh!

CONSEJERO.

Hablad, hablad... podeis tener confianza en nosotros... Somos amigos.

EDGARDO.

Y qué quereis de mí?.. qué quereis de un

pobre jóven que ha sido criado en un calabozo?

WILHELMINA.

Oh! por compasion no le atormenteis... estoy pronta á seguiros... pero dejadle... no veis cuanto padece?

Durante el último parlamento ha sacado Edgardo del pecho la estampa de la Vírgen y la ha colgado de la pared; luego se arrodilla, ruega y mira á su madre.

WILHELMINA.

Edgardo! (*no la contesta y sigue mirando la estampa*) Ah! tenia razon Atanasio: no me conoce!

CONSEJERO.

No tengo otro remedio que ejecutar las órdenes rigurosas del Tribunal...

Hace ademan de salir.

ATANASIO.

No, Señor, no... vos nos permitireis hacer el último esfuerzo... esos papeles no los ha destruido, porque habriamos encontrado los restos... dejadnos con él... con su madre... no podeis tener recelo de que se os escape... el palacio está cercado... en nombre de la justicia de Dios, pido esta gracia á la justicia de los hombres.

WILHELMINA.

Oh! señor... quizas es una inspiracion del cielo.

CONSEJERO.

Pocos son los instantes que puedo concederos... consiento en ello sin embargo... mas no saldré de este palacio, porque asi lo exige mi deber... Ojalá desgarreis el velo que nos oculta la verdad... Ojalá nos proporcioneis los medios de reparar una gran desgracia! (*á los soldados*) seguidme.

Vase con Federico y los soldados.

ESCENA VI.

ATANASIO, WILHELMINA, EDGARDO.

ATANASIO.

Cómo conseguirlo?.. Mirad... no veis qué sombrío está? este es uno de esos momentos en que se obstina en guardar silencio, y si se niega á romperle...

WILHELMINA.

Y solo podemos disponer de algunos momentos!

ATANASIO.

He notado sin embargo que cuando se le distrae de sus ocupaciones habituales, se manifiesta al instante mas confiado y mas franco... Si encontrasemos un medio... Oh! lo tengo! (*aparte*) Voy á ocultarle la flor.

WILHELMINA.

Cuál es vuestro proyecto?

ATANASIO.

Vais á verlo: dejadme á mí. (*Atanasio oculta la flor*) Sobre todo no le digais nada.

Wilhelmina y Atanasio se hacen á un lado.

EDGARDO, *riendo como en la escena del interrogatorio.*

Eh! eh! papeles... (*poniéndose la mano en el pecho*) aqui no están!.. (*Se pasea un momento y luego se para de pronto*) Ah! pobre flor!

ATANASIO, *á Wilhelmina.*

Veis! no me he equivocado.

Edgardo ha tomado el cántaro lleno de agua y se ha dirigido al sitio en que dejó la flor, se admira de no encontrarla y la busca por todo el teatro con grande agitacion.

ATANASIO, *acercándose á él.*

Qué buscais, Edgardo?

EDGARDO.

La flor!.. la flor!

ATANASIO.

El hombre que ha venido á preguntaros donde estaban los papeles, se la ha llevado para castigaros porque no le habeis contestado. (*Edgardo le mira con ademan de duda, vuelve al sitio donde estaba la flor: luego se desconsuela y llora mas fuerte; en seguida coge á su preceptor del brazo y le amenaza*) Me amenaza como antes... bueno!.. (*á Edgardo*) Tranquilízaos!.. no se la han llevado, y voy á devolvérosla. (*Edgardo se alegra*) Pero hablareis, no es verdad hablareis?

EDGARDO.

Sí... si...

ATANASIO, *le lleva donde está la flor.*

Mirad!

Edgardo salta de alegria al verla, la lleva al sitio acostumbrado y la riega.

ATANASIO.

Ahora, Edgardo, vais á decirnos donde habeis puesto esos papeles! (*Edgardo guarda silencio*) Callais... no sois agradecido?.. (*cogiendo á Wilhelmina de la mano y presentándosela*) Mirad: esta pobre muger vá á morir sino recobra esos papeles que vos teneis... y esta muger es vuestra madre!

EDGARDO.

Mi madre!. la han asesinado .. no he si-yo... yo quiero á mi madre!

WILHELMINA.

Oh!

ATANASIO.

Bien... pero vos sois bondadoso y no dejareis morir á esta muger, cuándo podeis salvarla... Vamos, confesadme la verdad... habeis ocultado esos papeles?

EDGARDO, *riende estúpidamente.*

Eh! eh!.. si.

ATANASIO.

En qué parage?

Edgardo clava en él los ojos y guarda silencio.

WILHELMINA, *abrazando á su hijo.*

Hijo del alma! Edgardo mio! en nombre del cielo, reune tus ideas, porque mira... ahora que te he encontrado, sentiria tanto morir!..

ATANASIO.

Si... si... reunid vuestras ideas... Hace mucho tiempo que los habeis escondido?

EDGARDO.

Aqui... (*señalándose el pecho*) Despues...

ATANASIO.

Comprendo... los habeis colocado ahi al pronto, mas despues los habeis dejado en otra parte... (*Edgardo hace una seña afirtiva*) Bien!.. eso es lo que necesitamos saber...

EDGARDO.

Buscad... buscad...

ATANASIO.

Ayudadnos vos.

EDGARDO, *se lleva la mano á la frente y reflexiona; luego dá unos pasos de uno á otro lado; en fin, baja la cabeza con tristeza y dice.*

No me acuerdo!

WILHELMINA.

Ah!

ATANASIO.

Es decir que no quereis?

EDGARDO.

No... no me acuerdo.

Se ha puesto mas sério, y parece que está reflexionando profundamente.

ATANASIO.

Si no me equivoco, la idea de encontrarlos le preocupa profundamente; mirad con qué agitacion se lleva la mano al pecho; mirad cómo dirige sus miradas á todas partes... Ahora nos observa para ver si le miramos... Parece que recobra la memoria... pero nuestra presencia le inquieta y casi le irrita... Retirémonos, retirémonos...

Van á salir.

ESCENA VII.

DICHOS, *el* CONSEJERO, FEDERICO, SOLDADOS.

En este momento se abre la puerta; un dependiente del tribunal aparece: el Consejero le sigue.

WILHELMINA, *viéndolos entrar.*

Tan pronto!

CONSEJERO.

Señora, el plazo que os habia concedido acaba de espirar!.. es preciso que nos sigais.

ATANASIO.

Ya no hay esperanza!

EDGARDO.

Otra vez esos hombres!... Qué quereis?... arrebatarme el único bien que me queda... esta flor... mi única amiga?... No... no la tendreis... prefiero destruirla por mi mano. (*tira con violencia el vaso á tierra; se hace pedazos y salen de él unos papeles. Con esplosion.*) Ah! los encontré! los encontré! (*se tira á ellos, los coge, y todos se acercan á él*) Alejaos... alejaos... los he encontrado... Oh! vosotros no sabeis... estos papeles... los tenia mi flor. A mi madre!... A mi madre... Llevádselos á mi madre...

Los alarga sin mirar.

CONSEJERO, *apoderándose de ellos.*

Estos papeles pertenecen á la justicia.

FEDERICO, *aparte.*

Todo se perdió!

WILHELMINA, *abrazando á su hijo.*

Edgardo mio!

EDGARDO.

Sí... soy Edgardo... y vos... vos sois mi madre... Este es mi maestro, mi segundo padre; y este Federico, mi amigo, mi hermano.

WILHELMINA, *con alegría.*

Nos conoce!

EDGARDO

Venid... venid todos á mis brazos... soy feliz. Oh! sí... soy feliz... y... pero siento aquí una cosa que me devora...

ATANASIO, *aparte.*

No hay remedio para él!

EDGARDO.

Madre mia!... Vos me habeis perdonado... Oh! bendecidme, porque conozco que voy á morir.

WILHELMINA.

A morir!

EDGARDO.

Oh! oh!... (*mirando la flor.*) Pobre amiga del preso!... marchita... y destruida... como yo!... pronto no quedará nada de tí... como no quedará tampoco nada de mí!... ni siquiera un recuerdo para mi madre... Oh! sí, sí... el retrato de mi padre... (*á Wilhelmina*) Tomad... tomad... me lo devolvereis en el cielo... donde nos reuniremos todos... en el cielo, donde están los ángeles, donde no se encierra á los pobres niños en un calabozo... Madre... Federico... amigo... dormir... dormir...

Muere.

Grito general. Telon.

FIN DE EL IDIOTA, O EL SUBTERRANEO DE HEILBERG.

Madrid.—Imprenta de D. F. SUAREZ, plaz. de Celenque, 3.